

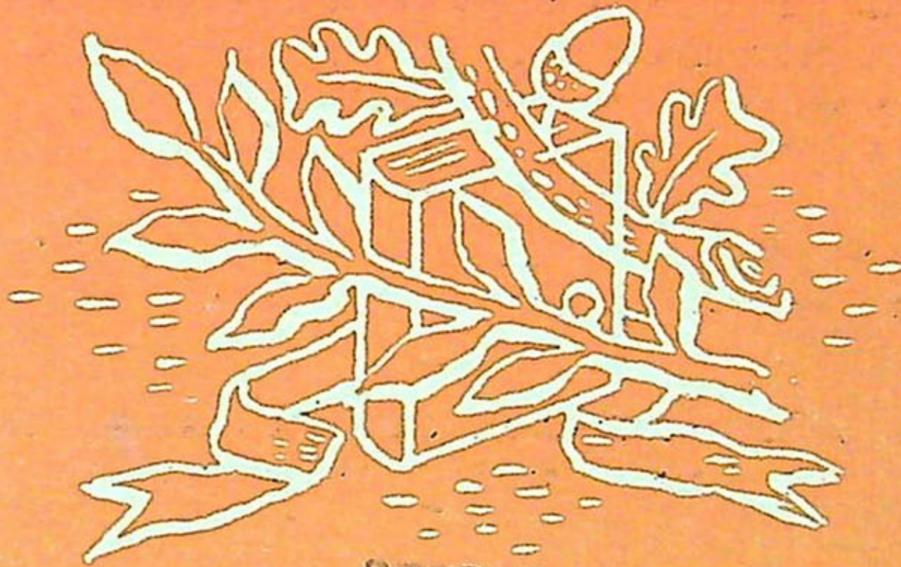
DESPLEGADO

CURSOS

Y

CONFERENCIAS

REVISTA DEL COLEGIO LIBRE DE ESTUDIOS SUPERIORES



DESPLEGADO



SUMARIO



✓ LUIS FERNAN CISNEROS: Ricardo Palma, viejecito zumbón. — PABLO SCHOSTAKOVSKY: Panorama histórico de la cultura rusa. — Vida del Colegio. — Información general.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

AÑO XIII
VOLUMEN XXVI
Número 151

DESPLEGADO

OCTUBRE
1 9 4 4
BUENOS AIRES

CURSOS y CONFERENCIAS

REVISTA DEL COLEGIO LIBRE DE ESTUDIOS SUPERIORES

Aparece el 30 de cada mes

Registro Nacional de la Propiedad Intelectual N° 158.501

La revista publica las versiones taquigráficas de los cursos y conferencias que se dictan en el COLEGIO LIBRE DE ESTUDIOS SUPERIORES, revisadas y autorizadas por los mismos profesores, como también trabajos de señalado interés científico y cultural.

Además, en su sección de comentarios a libros y revistas, se ocupa de todo lo más significativo que aparece en la producción contemporánea. Solicita, por eso, un amplio canje, y asegura el resumen analítico de las publicaciones que se le envíen.

SUSCRIPCION ANUAL, \$ 12.— — NUMERO SUELTO, \$ 1.50
EXTERIOR, ANUAL, 1 LIBRA ESTERLINA ó 5 DOLARES

DIRECCION Y ADMINISTRACION: CANGALLO 1372—U. T. 38 - 2432
BUENOS AIRES - ARGENTINA

Director:

ARTURO FRONDIZI

SUMARIO DEL NUMERO ANTERIOR

ASHER NORMAN CHRISTENSEN: Condición jurídica de las municipalidades en los Estados Unidos. — JOSE GONZALEZ GALE: Problemas demográficos del momento. — WLADIMIRO ACOSTA: Vivienda Obrera. — Vida del Colegio. — Bibliografía.

AÑO XIII
VOLUMEN XXVI
Número 151

CURSOS
Y
CONFERENCIAS

OCTUBRE
DE 1944
BUENOS AIRES



Ricardo Palma, viejecito zumbón

Por LUIS FERNAN CISNEROS

A don Ricardo Palma, ya octogenario, encorvado, macilento, con los ojos miopes chiquirrititos, pero todavía con la zumba en trajín, lo sacaban sus hijas al sol, en sillón de ruedas, en la alameda central del barrio limeño de Miraflores. Este barrio, que no estaba aún dentro del perímetro de la ciudad, fué siempre una acuarela bonita, con el mar a las plantas, las nubes inmóviles, las calles en paz, los árboles en habladuría y las gentes en espera reposada de alguna promesa del destino. Tuvo y tiene la gracia de lo espontáneo, como si todo él —senderos, jardines, muros, ventanas y silencio— hubiera brotado de una emoción de la llanura. Hasta la iglesia, de geometría campesina, subida apenas sobre unos escalones, con sus torrecillas espigadas, su portalón angosto y su plazoleta para que oigan la misa los que no caben en la nave, sale fluídamente de la tierra y hace pensar que en otro sitio sus imágenes, sus velas y sus jaculatorias no tendrían el aroma de madre selva que dan allí.

Las hijas de don Ricardo no empleaban mayor esfuerzo para poner al padre en la alameda. Les bastaba abrir la reja de la casa y empujar el sillón hasta colocarlo, a pocos pasos, bajo la sombra de un sauce que ya se sabía de memoria su cometido. Y empezaba así el asoleo del anciano en medio de la modorra de toda la

acuarela. Tibieza. Flojedad. Hojas secas sin rumbo. Un gorrión. Otro gorrión. Y mientras las hijas iban y venían tejiendo, el viejecito, con la gorra a las orejas, la cabeza caída sobre el pecho y la manta tendida hasta los pies, cerraba los ojos y se quedaba como en un presentimiento de quietud absoluta, que nunca era absoluta porque con los ojos cerrados sonreía, carraspeaba o soltaba voces roncas que tenían mucho que ver con las figuras y palabras que le desfilaban por dentro. A ratos abría los párpados para advertir quién era el que pasaba... "Buenos días, patrón". "Buenos, Facundo, ¿y tu gente?". "A Dios gracias, andando, patrón, ¿y usted?". "A Dios gracias, p'al gato". Más tarde se le ponía delante la vieja suspirona de todos los días, achacosa y sucia, que exhalaba después de contemplarlo: "¡Ay, señor, cómo estamos!". "Usted, señora, porque yo estoy para casarme con su nieta". Sonreían los árboles. También los pájaros. Y otra vez el reposo calentito. Y otra vez la ausencia. Los vecinos saludaban descubiertos y algunos, respetando la somnolencia ambiente, pasaban de puntillas con el sombrero en la mano.

Hasta que de pronto volvían las hijas con el anuncio de que ya estaban en la calle los chicos de las escuelas, y era entonces cuando la alameda entera se reía y se ponía a jugar con los muchachos. Don Ricardo también. Se incorporaba nada más que con los ojos y disponía su intimidad al jaleo. "Buenos días, señor Palma". "Buenos, Petronio". "No me llamo Petronio, señor Palma". "Pero vas a dar mucho que hacer a las romanas". "Oye, tú, langaruto, ¿qué es geografía?". "Mí hermano lo sabe bien, señor Palma". "Pues corre a casa, que tu hermano se va a tomar tu sopa y se va a casar con tu novia". "Y tú, ¿por qué no te acercas?; le voy a decir a tu padre que eres un zonzo". "No tengo padre, señor Palma". "Yo tampoco, y no soy zonzo". Los chicos abrían la boca repleta de alegría. "Tú, granuja, límpiante las ventanas y arpéndete estos versos: la del yunque y el martillo — es la ley universal: — cuando uno es yunque recibe; — cuando uno es martillo, da". La comparsa exageraba a saltos su jolgorio y se alejaba volviendo cara y risa hacia el sillón de ruedas. Y cuando en seguida tocaba el turno a las muchachas que se acercaban, embracadas, con su parloteo simultáneo y unánime, precursor del deleite de la chismografía a voces, el viejecito se buscaba los restos de la malicia: "Niña de los ojos negros, — bucarito de alelí, — te cono-

cí el barlovento — desde que te ví venir”. “¿Cómo está usted, señor Palma?”. “Sentado y con las manos quietas, que es una vergüenza”. “Tú te llamas Rosa. ¿verdad?”. “No, señor Palma, Rosario”. “Pues cuídate, que te las van a tomar”. “¿Qué?”. “Las cuentas”. “¿Y yo cómo me llamo, señor Palma?”. “Tú no te llamas sino te llaman”. “Señor Palma, dice la maestra que usted es una gloria del Perú”. “Las viejas son muy chismosas”. Y, si alguna colegiala precoz pasaba emparejada, copla teníamos: “Pasa doña Andrea — con su don Andrés: — pasado mañana — una, dos y tres”. Carcajadas. Codazos. Adiós. Don Ricardo se relamía largo rato con la mirada y la sonrisa. La alameda se iba formalizando. Los gorriones desplazados volvían a lo suyo. Y el coche entraba blandamente en la casa para guardar la picardía hasta el próximo sol.

Pero esta no es hora de decir quién fué don Ricardo Palma ni lo que representan las tradiciones que escribió, pues aun en el caso de decirlo bien, repetiríamos a algunos que lo dijeron definitivamente, como los insignes peruanos José de la Riva Agüero, José Gálvez y Raúl Porras, el último de los cuales, esculpiendo hondamente la figura de Palma en el mismo pedestal de Francisco Pizarro, ha popularizado para el tradicionista el título de segundo fundador de Lima. Todo está dicho al respecto y se sabe o debería saberse por quienes buscan en el arte de América expresiones que sean auténticamente americanas por el escenario y por los colores maridados. Y si hay quien todavía no lo sabe, que lo sepa cuanto antes en su soledad, por su iniciativa y esfuerzo, pues lo que se aprende nada más que de oídas es música de vals y no literatura.

Atención a una anécdota. Cuando yo tenía poco más de veinte años —alarde fanfarrón de mi memoria— pasaba por el rubor de no haber leído aún el Quijote, no obstante el desahogo con que ya hablaba de él y de Cervantes en las tertulias de la jactancia juvenil. Y sucedió que llegó a Lima, en un recorrido continental que los mozos hacíamos ruidoso, don Rafael Altamira y que anunció, con el rótulo de “Panorama del Quijote”, una plática que a mí me pareció mandada hacer para que yo, precisamente yo, me desasnara de una vez sorbiéndome en minutos una sabiduría que por entonces me negaba la edición de Rivadeneira, que era la única a mi alcance y en la cual la tipografía minúscula y cefalálgica me incitaba a saltarme las páginas de cien en cien. Don

Rafael venía en mi socorro, ya que por un milagro de síntesis docente yo iba a tragarme el libro en una píldora, y por eso fui prematuro en instalarme en la sala a codo ancho y entregarme al previo afinamiento de la retentiva, consciente de que saldría de allí con la prestancia de un cervantista callejero. Pero, gracias a Dios, mi estolidez fué castigada con un zurriagazo único, porque apenas aparecido el orador en la tribuna —barba cuadrada, ademán hidalgo, voz paternal— pronunció palabras como éstas: “No vengo a decir quién fué Cervantes ni qué es el Quijote, porque los españoles tenemos la vanidad de pensar que no hay quien no lo sepa entre las gentes que hablan como España”. Me hundí en mí mismo. Creo que nos hundimos todos los estudiantes. Nos quedamos en un silencio lleno de voces increpadoras y burlonas. Pero me regocijó confesando que, dócil a la palmeta merecida, aquella noche, a la luz de un quinqué, sobre la tosca tabla de mi queridísima pobreza hogareña, inicié mis lecturas del Quijote con Rivadeneira y todo.

Ya sé que en el caso del viejecito zumbón la anécdota no encaja cómodamente porque habría que guardar las distancias de Cervantes, del Quijote, de Altamira y de España, pero sirve de algún modo para lamentar que las actuales generaciones de América no sepan de don Ricardo lo que las anteriores, no obstante que las tradiciones peruanas, con ser peruanas, lo son de toda la casa indoespañola y podrían coadyuvar a una solidaridad espiritual ingenua, limpia, con saber de raíz entrañable. Porque Palma, mestizo de los dos corazones, vernáculo en el estoicismo y español en el amor a los arrequives, cultor de los adjetivos de Quevedo pero defensor de los verbos de América, no sería resucitador tan maestro de la colonia si no la viera con fidedignos ojos de colono, mitad de allá, mitad de aquí, con mansedumbre para desdeñar las audacias y picardía para transitar entre las penas. Los guiños y donaires de España se burlan de la pasividad indígena, pero esta pasividad pone lo suyo en la reticencia de los donaires y guiños. Y así lo que parece manera o circunstancia, la soltura, la agudeza, la agilidad, el disimulo, la risotada y el repique cobran ímpetu artístico reconstructor, no de la historia sino de su ambiente, no de los hechos sino de su acrobacia, no de lo que pudo llegar documentadamente al porvenir sino de lo que no alcanzó a pasar por la estrechez de los canales. Leer a Palma es ver de pronto cuadros que

nos recuerdan otros que no hemos visto nunca, igual que si nos encontráramos a nosotros mismos muy atrás, como en un presentimiento de nosotros mismos. Es restaurar nuestra línea biográfica y robustecer nuestras posibilidades. Pero hoy no lo leemos. Decimos que no podemos leer porque urgencias y asechanzas nos quitan de la mesa donde el libro espera. Pensamos que no pueden ser de estos tiempos ni aquel señor de Montaigne que repetía incontenible griegos y latinos, ni aquel otro de nuestra lengua, gran señor Menéndez y Pelayo, con una biblioteca que era un mundo y con toda la biblioteca dentro su genio. Ahora vivimos corriendo, con la silla y la cama como prestadas, y si entre carrera y carrera leemos mucho, tal vez más que antes, es sólo lo que Dios quiere. De donde resulta que seguramente leemos lo que Dios no quiere.

La lectura de Palma no nos demanda consentimiento sino para acomodarnos en la butaca. Y después nos resbalamos por un plano inclinado, cascabelero. Como la historia es para cada uno de sus glosadores un género teatral distinto, para Palma es comedia costumbrista, mímica cortesana, malicia de ojos y cortinajes, versatilidad de salón y tonterías de alcoba, o fin de fiesta con tararíras y pecados que estallan como cohetes sordos. En todos los casos la protagonista invisible es una mujerona castiza que se llama la murmuración. Porque en la Lima de Palma murmuran desde el virrey, los oidores y las brujas hasta el río que pasa como borracho y la pila de la plaza de armas que habla sin moverse. Las voces entonadas que se escuchan en público son la prosopopeya oficial, pero el cuchicheo es la circulación de la sangre. De día, las carrozas cargadas de señores de encaje son el primer término del tinglado, y el andar lento de los plebeyos y el lavar y el cantar de las plebeyas al pie de los arroyos hacen el coro; pero de noche, con las calles abandonadas, corre por los techos una gatería de bisbiseos. Hasta las estrellas de arriba y las imágenes de las hornacinas de abajo mueven los labios. En las casonas, las lunas venecianas se ríen de la agitación de las pelucas en confidencia, y en los patios de vecindad la linterna parpadea por oír a las comadres que, agrupadas en los peldaños de la escalera, dicen que no pueden decir lo que están diciendo y se persignan después de haberlo dicho. Picardía de Goya y picardía de Palma se confunden en eso de que los tipos pintados, aunque inmóviles, zumban. Palma pinta la mentira con color de verdad y la verdad con color de mentira, con lo cual ambas son

gotas de agua que él se complace en escamotear sin permitir que el lector vea cuándo pone la una y cuándo la otra, pues en el instante en que la mentira parece estar en la gota que se tornasola, resulta que el tornasol está en las dos y que lo único que se puede entrever es que, mientras la verdad contiene hasta la polilla de los infolios, la mentira es el conjuro que hace que la polilla se junte, se anime y salga andando como una muchedumbre de chambergos y bucles de algodón.

Por ser Palma de Lima, la zumba le venía derechamente del pezón urbano, igual que a todos los nacidos a la redonda de la plaza, río a las plantas y cerro atrás. Su magia consistió en darle a la zumba capacidad para parar muertos, insuflar voces mudas, refundir campanas rotas y echar a saltar calesas de las que ya no quedaba ni un tornillo. Porque la zumba, como simple zumba, es, en el Perú, patrimonio de los de Lima, con excepción de algunos que nacen tal vez equivocados y de otros que adrede, desde la adolescencia, con sobrecejo en el semblante y libro bajo el brazo, emprenden el camino de la presidencia de la república o de la corte suprema de justicia. La zumba mantiene a los limeños en la sutileza, el cosquilleo y el ole. ¿Y cómo no ser así si el cruce racial en Lima fué predominantemente andaluz, más que por los señores que solían ser de Castilla, Extremadura o Asturias, por los pendo-
listas, los curiales, los soldados, los pajes, las meninas, las dueñas y los supersticiosos, o lo que es lo mismo, por aquellos que traían más cuerda para mover el palabreo? ¿Y cómo no ser zumbones, criollos y mestizos, si, a despecho de la teatralidad del virreinato, tenían al virrey ahí no más, frente a las narices, tan avecindado como el cerro, tan familiar como el río y tan respirador como cualquiera? ¿Y cómo no serlo si el mestizaje, recién aparecido, se dió con un virrey buen mozo que perseguía a las niñas guapas de la aldea y estampaba en las cajas virreinales partidas peripatéticas como estas: "a doña Julia Salduendo, que es tan verde como un alcacer florido, trescientos pesos de renta cada año" y "a doña Leonor de Ovando, que tiene una hija de buen donaire y ambas son verdosas y gente menuda, trescientos pesos por una vida"?. Además, como los mestizos, francamente contemplativos por cuenta de las dos sangres cruzadas, no eran llamados a responsabilidades oficiales y tenían mucho tiempo para estarse mano sobre mano, anda por aquí y anda por allá, párate en la esquina para ver pasar un frai-

le gordo y párate en la plaza para ver sacar el agua de la pila, pues sencillamente la ociosidad se hizo madre mimosa de la imaginación, abuela de la malicia vengadora y bisabuela de la zumba a porrillo. Capa limeña, capa zumbona, y capas en corro, zumba en asueto. Los mestizos de Lima, al ir naciendo, no lloraban sino zumbaban como si ya trajeran comentarios y la ciudad se ponía chacotona por causa del contagio fluyente. Hasta el propio arzobispo Santo Toribio, cuando pasa por el palacio del virrey a media noche, de vuelta de confesar a un moribundo, y los alarbaderos le preguntan "quién va", contesta socarrón: "Toribio, el de la esquina". Y un primer bardo limeño muere en la horca por haber propalado esta versada contra el predicador dominico Rodrigo de Azula: "Santo varón — más grueso que el marrano de San Antón — dómine Azula, — procurador eterno sin tener bula; — a tí te digo: — a ver, tuvo o no tuvo Adán ombligo".

Desde ahí vemos venir a Palma.

Lima, en la hora en que comienza a hacerse limeña, parece nada más que la vitrina del virreinato, dedicada a la exhibición pausada del virrey, el arzobispo, la audiencia, la inquisición, la corte, la universidad, el patíbulo y el pueblo indispensable para que haya quien mire todo eso. Y la vitrina cumple con obediencia su misión. Junta lingotes de oro y plata para los lindos galeones que esperan en el puerto. Está cruzada de jinetes de sombrero emplumado, banda en el pecho y espada al cinto. Palios, cirios, capuchas y saetas salen de una iglesia, serpentean por las manzanas y se meten en otra iglesia. El rey su majestad, a quien Dios guarda y nadie ve, suele aparecer en las plazuelas con voz de pregonero y si anuncia que la reina, allá en el otro mundo, ha dado a luz un príncipe rollizo, estallan de alegría los cohetes y embisten las reses bravas. Pero nada más. La vitrina es la vitrina. Lima debe ignorar que arriba de la casa, tras de las cumbres, hay rebeldías de indios, arrogancias de encomenderos, choques en las minas, ardides curialescos, novelas del pecado, crímenes de taberna, y pues debe ignorarlo —pobrecita de Dios—, lo ignora. Pero como al mismo tiempo lo sabe, zumba, y a fuerza de zumbar descubre que el secreteo es la liberación de la ignorancia y sirve para caer en una feliz maledicencia que corre con la fecundidad y la ocultación de los ratones.

Y entonces, poco a poco, el secreteo y la malicia transitan por las calles en carne y hueso. Las tapadas, que sólo enseñan un ojo y le espetan verdades al transeúnte, no son sino las rendijas de las puertas que se echan a andar. Y el poeta Caviedes que, tambaleándose en la acera, se detiene ante un curandero y lo llama "señor doctor en tercianas — y licenciado en venenos, — señorón de horca y cuchillo — por merced de los ungüentos", no hace sino repetir la murmuración en que también viven los muertos del camposanto.

Detras de las tapadas y de Caviedes viene avanzando Palma.

Claro que esta zumba criolla se alimenta de las contrariedades virreinales y está afiliada invariablemente, con voz de miedo pero con ojos guiñadores y cómplices, del lado de los que le soban la barba a la justicia hasta hacerle dar vueltas como ebrio de sainete. La monja-alférez que, escapada de un convento de Guipúzcoa, se olvida de su sexo, se mete soldado y a fuerza de envidar, rajar, matar y correr, en toda la extensión del Perú, estremece a la iglesia con su confesión melodramática de que no es varón sino hembra, pone a las gentes limeñas de rodillas con la boca llena de santiguadas y exorcismos, pero da a las palabras en voz baja un ímpetu de rísa que acaba por salirse a través de las persianas para alegría de los alguaciles que acechan. Y el perínclito andaluz Perico Bohorques que, fugado de un libro de Quevedo, viene a Lima precisamente para casar con una chola rica y jugar con los hombres a los títeres, descuaja de burlas subterráneas el cerro, el río y la plaza porque, después de abandonar a la chola y enredando a sus perseguidores en serpentinas fascinantes, inventa un plano para ir a desenterrar el tesoro del inca, arrastra a la aventura al virrey y a las audiencias, adquiere un quechua andaluz que anestesia a los indios, rebota de cumbre en cumbre para dejar atrás a sus víctimas y cae al fin en el campamento de los calchaquíes donde se hace pasar por descendiente de Atahualpa y pone en aprieto al virreinato en un ululante asalto de reivindicación con flechas. Lima lo aplaude a carcajadas cuando llega prisionero, metido en una jaula

Palma, que vino tras la monja, también viene con él.

Y si se repara en que la alta política virreinal, la tesis, la jurisprudencia y la aplicación de conceptos protectores al conglomerado heterogéneo y disperso, se mueven en especulaciones confiden-

ciales con dosel y cortina, se ve que lo accesible para el limeñismo no puede ser lo que anda en silencio sino lo que anda con música, vale decir, los melodramas inquisitoriales con sus correspondientes coplas de herejías y embrujamientos, las estridencias del palio del virrey contra el palio del arzobispo, la ojeriza de los escudos nobiliarios, el cuchicheo de los locutorios, la algazara de los mesones y la sandunga de los negros en la vía pública. El anuncio de posibles catástrofes suele crear en la ciudad un revoltillo de zambra, como cuando hay que ir al puerto en caravana de mulas para avizorar si asoman los piratas y hay que volver del puerto a galope tendido porque los piratas ya están a la vista. Y mosconeos callejeros sucesivos: de alguaciles contra los alcaldes de vara o de mujeres contra los bandos que condenan la veleidad en las costumbres y la muñequerías. Y mimo goloso de Miquita Villegas, la Perri-choli, que le pasa el pañuelito por los labios a su virrey entorchado y chocho y le saca del bolsillo un luminoso paseo de aguas para el pueblo. De todo eso en tres siglos, y de no saber qué hacerse los limeños con la palabra ni para qué mover los brazos ni cómo adular al cuerpo, proceden, en línea recta sin solución de continuidad, los zumbadores que al cabo de la historia maten en la república la zumba artística de Ricardo Palma.

Por contemporáneo de Espronceda y de Bécquer y por el sarampión "lamartiniano" de su parroquia, Palma se cree romántico en la primera juventud y con levita entallada, cabello suelto y bigotes poblados, les busca consonantes al corazón y a la luna y conspira contra los gobiernos en las filas de los tribunos reivindicadores. Pero un episodio pirotécnico lo paraliza, y es que toma parte en un asalto nocturno a sangre y fuego a la casa del Presidente y viene a suceder que el Presidente no está en su casa y que la heroicidad se regresa inútil y risueña. Entonces ya no dispara más y se reduce a miembro de conciliábulos de sótano, en cuya calidad es sorprendido, embarcado y desterrado para provecho de su gracia y encuentro de su destino. Porque esa es la hora en que se le suelta la risa epigramática y como anuncio de que ha confinado la política a la epidermis, nos cuenta de repente esta tragedia-comedia del analfabetismo: "A un viejo que pasaba por la calle, — una niña bonita — y de arrogante talle — detuvo del faldón de la levita — diciéndole: "Señor, por vida suya — quiero que usted me instruya — de las nuevas que aquí me participa — una

tía que tengo en Arequipa". "Y sin más requilorio — una carta pasóle al vejestorio. Calóse el buen señor sobre los ojos — un grave par de anteojos, — el sobre contempló, rompió la oblea — la arenilla quitó de los borrones, — examinó la firma, linda o fea, — y se extasió media hora en los renglones. — Ya de aguardar cansada, — "¿qué me dicen, señor?", dijo la bella, — y el viejo echó a llorar diciendo "nada"; — has nacido, mujer, con mala estrella". — Asustada la joven del exceso — de llanto del anciano, — le preguntó "¿quizá murió mi hermano?". — "Y el viejo respondióla "ay, es peor que eso". — "¿Está enferma mi madre?" — "Todavía es peor cosa, hija mía; — no puedes resistir a esta desgracia: — yo, viejo y todo, me volvería loco". "¿Qué ha sucedido, pues, por Santa Engracia?" "¿Qué tú no sabes leer ni yo tampoco!".

Y luego, a renglón seguido, con gana juvenil de codearse al mismo tiempo con la entomología y la biblia, nos explica el origen de las pulgas con este desparpajo irreverente "Reverberaba el sol esa mañana — y Cristo con San Pedro, de bracero, — sin miedo a la terrible resolana, — iba por el otero — charlando mano a mano, — tú por tú, sobre el modo más certero — de hacer la dicha del linaje humano. — A la sombra de un árbol corpulento, muellemente tendida, — viendo volar las moscas ciento a ciento, — estaba una mujer, moza lucida — de labios de coral, cutis de nieve, — de esas que en punto a edad, sin miramiento — a que mentir es cosa inoportuna, — plántase en veintinueve — como el buen jugador de treinta y una. — San Pedro se detuvo y campechano — le dijo — "di, mujer, qué haces ociosa; — qué, no sabes hilar?". "Poquita cosa: — cuando arrecia el verano — me gusta estarme mano sobre mano; — ruede, ruede la bola — y siga yo tumbada a la bartola" — "El Divino Maestro, de Dios hijo, — miróla sonriente: "De lo malo y vicioso", le dijo — "madre es la ociosidad; te haré un regalo — que te ocupe y distraiga humildemente; — la pereza sacude; ea, entretente: ráscate si te picado te pique". — "Sigamos, Pedro, y basta de palique". — Y Dios creó las pulgas aquel día, — microscópicos seres — en cuya cacería — han sido y son tan diestras las mujeres".

Pero esto no pasa de un estremecimiento del ingenio que si bien pregona la vocación no fija todavía el rumbo. Son sus tenaces escarceos en prosa los que le dan eminencia y la espontánea

imaginación reconstructiva quien lo coloca en la vereda. A él lo llaman los espíritus. No sólo tiene la sicología de abuelo ladino que se complace en propagar los cuentos que le contaba la nodriza, sino que a ratos habla como los caballeros del romance, se ríe a solas con los refranes que lo asaltan y hasta descubre en las menudas golosinas que aderezan las monjas un sabor de suspiros seculares. Y lo definitivo le va ocurriendo con naturalidad, pues a poco de sentarse en bibliotecas y archivos se enamora del tufo de los papeles despellejados y se toma todo él de olor a rancio, amor y oíor que lo incitan a vestir la peluca, la casaca y el calzón corto, a caminar de espaldas, a descorrer el pestillo y a fugarse a la leyenda donde se da con lo que busca. Aldea virreinal de su corazón. Noche estrellada. Láinternas soñolientas. Pasos sin personas. Fantasmas. Y también él fantasma, se cuelga en las alcobas para golpear con el dedo en los retratos pintados; detrás de las persianas de madera grita y convoca, y cuando Dios amanece y se desperezan las acequias y rechinan los carromatos y van las mujerucas en pos de la capilla, con su tintero en la cintura y su pluma de ave sobre la oreja se anda ofreciendo para escribir misivas con sentimiento y circunloquios. Ríe, travesea, zumba. Corre a una bruja y la zambulle en el río. Y ya con el sol arriba y las plazuelas llenas de campanadas, besa la mano a los frailes callejeros, acosa a las mujeres de miriñaque y abanico, echa chismes a que vuelen, y desde el parapeto de una torre que a él le parece que se ha venido de Ávila, ve cómo se le esfuma la época presente con su lucha a empujones y sus cuarteles agresivos. Lo único que pide para aliviar su condena de transeunte de esa lucha es que lo dejen detener siempre a las limeñas nuevas para decirles, no "bendita sea tu madre", sino "bendita sea tu tatarabuela".

Desde esa hora su alma duerme acurrucada en la vieja torre y pasa las vigiliass yendo y viniendo por la ciudad redescubierta mientras sus manos, esclavas del hoy republicano, se agarran a los viejos mamotretos curialescos donde las cadenetas tuercen y retuercen las desgracias humanas para demostración de que el dolor y el pecado perduran sobre todas las polillas. Las manos de Palma papelean como si fueran del oidor, del escribano o del alcaide y para cada peripecia le piden a la voz un subrayado, un refocilo, una copla, que son invariablemente irrespetuosos cuando están de por medio un confesor o una beata. La zumba de las tradiciones

empieza en el membrete y acaba en el amén porque hasta la seriedad con que algunas retratan al virrey respectivo parece seriedad de rapazuelo puesto en penitencia, y es zumba infatigable que hace pensar que al tradicionista no puede quedarle ni pizca de jovialidad para sus ramplones vecinos democráticos. Pero le queda y tanta que resulta el bohemio reidor y reidero de la bohemia municipal de Lima. Su taller trabaja en grueso para la clientela visible. Escribe a risotadas un periódico en que se improvisa abogado melencólico; feliz de defender en quintillas y silvas a una limeñita que ha descubierto que su esposo está casado tres veces, y aunque basta la demanda para que el juez se atore con la risa, la hilaridad incontenible viene de que el juicio, igual que los de siempre, dura y no acaba por virtud de traslados, posiciones, autos, vistas, subidas, bajadas y sentencias hasta que surge un fallo que condena al tríngamo a vivir bajo un solo techo con las tres víctimas. La zumba le alcanza así para la ciudad de su evocación y para la de su domicilio policial, usada allá bajo los subterfugios de la capa ondulante y derrochada acá desde una silla enclenque de secretario presidencial o desde una carpeta formalita de senador de la nación. Y cuando de repente contrae matrimonio, zumba todo él como si fuera una colmena porque se casa después de cuarenta y tres años de soltería petulante y lo anuncia al vecindario en una palinodia que distribuye por las ventanas y las puertas:

“Maridos, de mis ultrajes — pasados no hagáis ya caso: — a vuestro campo me paso — con armas y con bagajes, — que es cosa tradicional — que en este mundo enbrollón — se empieza de oposición, — se acaba ministerial”.

La rápida popularidad de Palma en su terruño limeño, entre las viejas celosías que lo atisban, y aun en cualquier poblado del Perú andino donde España dejó campanas y guitarras, se explica no sólo por el tema nacional de las tradiciones sino por la manera nacional de expresarlo, es decir, que el éxito está fundamentalmente en la gracia con que al autor le circula la sangre perulera y en los colorines con que pinta a los muertos para que se parezcan de tal modo a los vivos que unos y otros puedan andar del brazo por las calles cantando tonadillas. Pero en la prontitud del aplauso interviene también la hora de auge del criollismo limeño, que es la hora en que Palma, al ver a Felipe Pardo descoyuntar la fila de los señores de fuste y a Manuel Asencio Segura armar su carpa

jaranera en Amancaes, abre un surco hacia atrás para mostrar dónde está la fuente y cómo vienen correteando las linfas. Además, el género de las tradiciones proporciona respiro al público lector porque, a pesar de que condimenta las palabras con el rico picante de los platos republicanos, deja en su barro a los actores de la república y sólo se mete con las almas que ya no son sino traje y chambergo de museo. Y por último, mano a mano con Palma, la ciudad tiende a desvanecerse de fruición porque la Lima viviente se cree superviviente y la Lima muerta se ve a sí misma andando, con lo que ambas acaban por quererse en la realidad y en el suspiro y por gustarse en sus dos coqueterías femeninas, con la manta cerrada que sólo exhibe un ojo pícaro y con la mantilla de encajes que saca los dos ojos al balcón.

Sin embargo, tales motivos no explicarían la popularidad de las tradiciones en América y España, que también es veloz para la época, si no hubiera en las letras de su creador, por encima de los otros títulos, casticidad de raza y desenvoltura de espíritu continental. Para España las tradiciones son un espejo hablador salvado de la catástrofe histórica, y para América, una alegre y pintoresca comunidad resucitada. Ahí está el soplo de irradiación y esa es la causa por la cual Palma puede, no sólo andar de prisa sobre la abrupta tierra americana en que más son las soledades que los núcleos, sino brindarse a hombres dispersos, colarse llanamente en periódicos desconocidos, ofrecerse en veladas hogareñas remotas y multiplicarse de biblioteca en biblioteca como si hubiera para él, únicamente para él, camino fácil entre las pasiones y la pólvora fratricida que ensombrecen las ciudades. Así es como, sonriéndose con las gentes de aquí y de allá y cambiando epístolas y retratos con los más encumbrados artífices de la prosa y el verso, en unos cuantos lustros, que son nada para la lentitud habitual de la fama, mientras su edad se acerca a los sesenta pero sus cimientos anuncian todavía porvenir, el tradicionista aparece ya convencido de sí mismo y con la miel en los labios. Vive con un rumor continental en la cabeza. Cuantos escriben en español lo leen. Su perseverancia está triunfante y su nombre se ha impuesto.

Por eso cuando va a Madrid para festejar, en nombre del Perú, los cuatro siglos de Colón, los perillustres viejecitos de la calle Valverde, que ya lo han hecho académico porque la zumba peruana les resulta gustosa y terapéutica, le dan una bienvenida

de confianza con voces de ternura y retozos colegiales. De piso en piso y a taza de café por abrazo, Palma va y viene con Galdós, Pi Margall, Zorrilla, Sellés, y con los mexicanos Riva Palacio y Sosa, y como si todos hubieran sido de la misma escuela primaria, intercambia con ellos anécdotas jocundas que transforman las charlas en un zumbar de trompos descuajeringados. Más que una novedad es un reencuentro de amigotes que no se veían desde la cuna y que se alborozan de poder hablar, en círculo cerrado y con el oportuno entre los dedos, de las travesuras de la Maricastaña. Sólo que este jaleo de inmortales se amarga súbitamente a un punto tal que Palma tiene que confiarse a la zumba recóndita para echar fuera el accidente y la melancolía, pues ocurre que cuando el visitante, sentado en la academia, afirma que los americanismos deben ser amparados por el diccionario español, hay toque de zafarrancho y se llenan de humo las poltronas por veinte sesiones consecutivas. Los de América, según Tamayo y Baus, no podemos crear nada en cosas de lenguaje y sólo servimos, como el loro, para repetir malamente lo que nos dicen. Con Palma están Núñez de Arce, Castelar, Campoamor, Cánovas, Valera y Balaguer, pero como los adversarios de las trescientas voces americanas discutidas son más, es fuerza reírse para adentro y musitar entre dientes: "Dios me dé contienda con quien me entienda". "¡Y pensar que en América se han escrito las obras lingüísticas de Bello, de Baralt, de Cuervo y de Irisarri y las páginas gallardas de Juan Montalvo!" Pero, paciencia. No hay que descomponerse sino esperar. Y cuenta el anecdotario de este viaje que Palma, al salir de la academia sin pizca de mal humor, antes bien cascabeleando, coge a su hijo de nueve años y se va con él, con él y con él, zumba que zumba, a la despedida que le ofrece doña Emilia Pardo Bazán, no obstante que la célebre novelista le ha rogado que esa noche, por tratarse de una tertulia de lujo, vaya sin el niño para librar de cortapisas el diálogo y la expansión. Y aunque este chascarrillo no está documentado y puede parecer gana limeña de colgar al tradicionalista su tradición de almanaque, yo digo que dice todo Lima que Palma, en llegando a la tertulia, deja al niño detrás de la mampara, entra solo y saluda en esta forma: "Buenos noches a todos, en el nombre del Padre y del Espíritu Santo". "¡Cómo! —grita en el acto doña Emilia— ¡y el Hijo, don Ricardo?". A lo cual el visi-

tante, con los ojos en la mampara, exclama sonriente: "Pasa, Ricardito, que te reclaman".

Así, de regodeo en regodeo, Palma consigue que le sonría toda la presencia, pues conforme va envejeciendo se le pueblan viciosamente las cejas, se le encogen los bigotes, se le agacha el ojo izquierdo, se le va de soslayo la mirada, se le resbalan los espejuelos a la punta nasal, se le desgarga el cuerpo en un esguince anacreónico y le sale sabrosa la voz ronca con que paladea sus socarronerías. Hasta su paso equívoco, en que hay un pie que no se entiende con el otro, parece un festejo. Yo, adolescente, lo alcanzo engréido, rezongón, rumiador de sí mismo. Sabe quién es. Me dice burlas, pero como su corazón no es hablador, las zalamas que me hace son de las manos. Se toca con la gorra que llevan en casa todos los literatos hispanoamericanos de las postrimerías del siglo XIX, y me lo quedo viendo como a hombre de otro mundo porque no olvido que sí lo tengo delante su alma está ausente. Asisto al sortilegio de verlo y de no verlo como si fuera un trasgo y mientras oigo sus chanzas lo imagino escapándose con el jubón y la espada para irse a grabar palabrotas al pie de los escudos heráldicos, a tumbar pebeteros en la procesión, a santiguarse en los confesionarios oyendo los pecados de las mulatas, a sobarles el algodón a los oidores, a perseguir a los marqueses cuando van de aventura nocharniega y a apagar los velones de las tertulias para provocar los besos clandestinos. Y como así lo veo, no puedo convencerme de que se para frente a mí, ni de que alterna con mi puerilidad, ni que me está dando capirotazos para ayudarme a espigar.

Guardo celosamente la memoria de las visitas de Palma a mi hogar paterno. Poeta mi padre y tradicionista él, unidos desde las arrogancias imberbes, había de ser este brujo uno de los que, en la hora trágica de mi padre, enfermo de palálisis, contribuyeran a hacer de tan gran dolor fuente de gracia. Lo evoco entrando de rondón en el momento de la sobremesa nocturna, dando voces para alegrar el silencio, de andar ya torpe, la cabeza inclinada sobre un hombro, los ojos como púas, los bigotes metidos en la risa, la americana abierta y la cadena del reloj riéndole en el chaleco desabrochado. Traía de todo: cumplidos romancescos, parábolas inocentes y cuentecillos equívocos que mi madre toleraba moviendo la cabeza. Y como también traía el último correo literario, mi escueto comedor se poblaba de nombres gloriosos que hacían ron-

da: buenas noticias de la salud de Campoamor y malas de la de Zorrilla; dramas estrepitosos de Echegaray y comadros de Valbuena, torvo y agudo como un bufón jorobado; nombres nuestros de Altamirano y Andrade, Bolet Peraza y Rafael Pombo, Guillermo Prieto y Zorrilla de San Martín. Otras noches me picaba en los párpados la luz del gas y me quedaba dormido con los brazos sobre la mesa: con Palma no sentía el picor. Era la crónica de los salones literarios limeños donde él oficiaba de obispo para confirmar a los neófitos. Era su orgullo de bibliotecario mendigo que había alcanzado para la biblioteca de Lima una afluencia gratuita e incesante de libros extranjeros. Eran la gestación de sus propias tradiciones y la explosión de sus epigramas, recitados por él mismo con la cabeza de medio lado y temblor del ojo gacho. Eran, en reciprocidad, versos dictados recientemente por mí padre y repetidos por mí. Y era, a las once, la despedida de confianza, casi repentina, sonriente, sin adioses, para dar al parálítico la ilusión de que había delante mucha vida.

En razón de esta intimidad hogareña, yo sé bastante acerca del amor del bibliotecario por la renovada biblioteca nacional que salió de sus manos de taumaturgo. En una esmirriada habitación con escritorio de amanuense y poltrona barata acolchonada, se pasó treinta años de su celebridad escribiendo cartas mendicantes a todos los literarios del habla de Castilla. Los pasos de los lectores sonaban sin cesar del otro lado de la puerta. Con gorra oscura, lentes apretados, papelería vulgar y péndola nerviosa, sostenía con amigos invisibles preguntas y respuestas que sólo interrumpía excepcionalmente para recibir a visitantes transeuntes que querían experimentar el calor de su mano y la ronquera de su zumba. Los diplomáticos hispanoamericanos hacían siempre estas visitas después de la presentación de credenciales. El ministro de España era tertulio semanal con día y hora fijos. A Rubén Darío le dió risa saber allí mismo que Palma lo tenía por Darío Rubén. Pero tales vagares entonaban el propósito de la correspondencia escrita incontenible: cartas y más cartas. A la cabeza de ellas, el bibliotecario estampaba un sello azul que era una palma sin raíz ni asiento en cuyo tronco se leía su nombre: la raíz y el asiento estaban en ese polvo sutil de biblioteca que lo había hecho, años atrás, tradicionista y al cual había vuelto en calidad de mago para realizar verdadera hechicería, porque la enorme casa, al entrar Palma en ella con

autoridad, olía a planta extranjera y de su riqueza bibliográfica quedaba apenas el recuerdo. La magia triunfó, no con la vara prestidigitadora que trueca la realidad de un solo golpe, sino con la sorda paciencia de un día y otro día, de un año y de treinta años. Sin dinero, casi sin estímulo, con mano pedigüña tendida, poco a poco la biblioteca salió a la superficie hasta transfigurarse en la palma airosa del papel con el nombre del bibliotecario ahondando en la corteza, y entonces las grandes salas capitulares, pobladas de nuevo por la historia y las artes del país y de América, se hicieron la tradición del mago, síntesis de las que escribiera para reconstruir la vida, perpetuidad de su empeño, su figura y su sombra.

Aquella casona conventual, por ser de él, fué escenario de balbuceos y fosforescencias de mi mocedad. En su patio gigante, en las mañanas de domingo, jugué y corrí con los hijos de don Ricardo, mientras él carraspeaba o sonreía desde los altos corredores. Allí me precipitaba a saludarlo con reverencia cuando bajaba la escalera para meterse en su despacho: "Buenos días, señor Palma". "Hola, cabezón, ¿y qué haces que no creces?". "Será que Dios no quiere, señor Palma". "Pues pásate a la oposición y pídeselo al diablo". Allí fundé una fraternidad ingenua con todos los Palmas. ¿Quién me había de decir entonces que al cabo del dolor, ya arrugados mi corazón y mi frente, Angélica Palma, mujercita buena, frágil de cuerpo y fuerte de voluntad, prendada de la gloria de su padre e insigne cultora de la novela, moriría a mi lado en la república del Plata en horas en que presidía la inauguración de bustos de don Ricardo en escuelas argentinas?. Esa casa se ató con muchos hilos a mi andar y mi ternura. En ella fué coronado mi padre por gracia de mis compatriotas. A ella, durante larga etapa, llevé diariamente al poeta coronado. En ella, ante un libro simuladamente abierto, puse en verso quimeras y gemidos precoces. En ella, por fuerza del ambiente burocrático, aprendí a fumar, a deber y a presumir. A ella, cuando me hice periodista, me llamaba el mago para darme originales con exigencia de escrupulosa revisión de las pruebas. Y desde esa casa hasta el rincón de Miraflores acompañamos los limeños a Palma cuando se vió en el trance de dimitir por causa de una explosión inesperada de la política gorrina. Lo llevamos en apoteosis como si todos cargáramos su árbol y lo dejamos no sólo zumbón sino desdeñoso, con el rencor

debajo de la risa y la soberbia empinada. Y por sentencia de su dignidad henchida y prócer no volvió más al centro trapacero de su Lima y se entregó a una quietud de cuadro campesino, a un crepúsculo de su propiedad, dichoso de recibir de cuando en cuando a sus admiradores, pero más dichoso de estar fuera del mundo pajolero y a solas con las fiestas mentales de su zumba. Hijas, flores y gorriones lo ayudaron a irse esfumando rumorosamente.

Y así contemplémosle otra vez en Miraflores.

Todavía de ese reposo de sillón de ruedas sale una anécdota zumbona que parece el adiós oficial del zumbador. Porque, desagraviado al fin por un gobierno nuevo con el título lírico de "bibliotecario consultor de la Biblioteca Nacional", se le vino a las ganas declinar la merced ante el gobierno subsiguiente con ánimo sin duda de provocar la confirmación del desagravio, y resulta, para sorpresa unánime, que la declinación le es aceptada por medio de un decreto en que se le llama extravagantemente "bibliotecario consultador". ¿Consultador, dice el rescripto? Pues, ipso facto, el viejecito, cállamo corriente, con la tos en la garganta y el papelote estrangulado en los dedos, dicta estas líneas destinada a zangolotear en los archivos nacionales: Señor Ministro: Ayer recibí transcripción de un decreto supremo que acepta mi renuncia del cargo de "consultador", y desconociendo la significación de tal palabra, la he buscado en la primera edición y en la décimacuarta del diccionario de la Real Academia de la Lengua, sin encontrarla. La palabra castellana desde el siglo XV es "consultor". Cumplo con el cristiano deber de avisarlo a usted para que ni la rúbrica del Presidente de la República ni la firma de su Ministro de Instrucción continúen autorizando vocablo tan disparatado. Muy atentamente. Ricardo Palma".

Pero veamos cómo de ese lento atardecer de Miraflores sale una vasta sombra protectora. El silencio en que el viejecito está envuelto se presta para escuchar su resonancia interior. Nadie duda de que nos ha alegrado la vida desde su carro funambulesco convocándonos para aplaudir en las plazuelas la farándula de ayer. Enciclopedista y volteriano, se ha atendido a que Voltaire decía que "la historia no es sino un montón de malas pasadas que los vivos les jugamos a los muertos" y también al que Rousseau afirmaba que "la historia es el arte de escoger la mentira que más se parezca a la verdad". Pero empezamos a advertir que su proyección festiva y pícaro nos ha ahondado en el corazón una profundidad de senti-

miento y de concepto. La patria es algo más que la casa, los cerros, las ciudades y los efímeros vaivenes de hoy. La patria es un eslabonamiento de siluetas que no borra la muerte y que siguen andando con nosotros hasta encadenarse con las que vienen. La patria es espacio inmutable y eternidad que transita. La patria exige comunicación palpitante con sus lejanías creadoras. Cuanto más viven en nosotros nuestros predecesores, tienen más contenido la nacionalidad, la bandera y la vida. Palma nos pone a recoger y devanar el hilo de nuestra sangre para que, recreándonos con la malicia y la mofa, con el pecado y la juerga, con el caballo y la torre, desemboquemos por nosotros mismos en la cumbre y el inca. Abuelito retozón, dadivoso de lo reído y lo bailado en la casona de la historia, busca que nos queramos en los tatarabuelos de los tatarabuelos. ¡Y qué júbilo el de saber que desde que los ríos empezaron a despeñarse ya eran nuestros! Nuestro el sol. Nuestra la cruz. Nuestros el romance y la gracia. Nuestra la plenitud de la generosidad. Palma nos da unidad en el espacio porque rasga telones, reconstruye senderos, restaura puentes y hace que el hogar se destaque en el punto medio de un círculo de horizontes. Fecunda y penetrante su risa. Pegajosa su letra y su música. Por sus calles andan a saltos muchos defectos y no pocas virtudes que definen nuestra personalidad e imponen el recuento de posibilidades, ¡pero qué patria grande si pugnamos por superar a los abuelos para que los nietos queden también comprometidos a la superación! Nacida de una confluencia de torrentes, la patria es corazón que tiene que latir por todos los que fueron y para todos los que vienen. La voz íntima de Palma, sonando en el secreto campesino, da al crepúsculo de su vida un celaje de auténtica peruanidad.

Tras de lo cual parémonos de nuevo en la alameda de Miraflores, ahora entre grupos populares ingenuos que cuchichean frente a la casa porque ya saben que el viejecito zumbón se está muriendo. Se está yendo del paisaje. La alameda es la de siempre, pero con la respiración contenida. La fila de árboles se esfuerza por oír y el sol dorado y tibio tiene aspecto de inútil. La tertulia callejera parece de ultratumba. Apenas como un suspiro, alguien pregunta, con ojos candorosos, si el moribundo es en verdad sobreviviente de la colonia histórica. Y alguien contesta en tono de misterio que tiene una biografía de siglos. Fué uno de los que se robaron de la jaula la cabeza sangrante de Gonzalo Pizarro. Le contaba

al arzobispo Loaiza lo que pensaba el virrey Toledo y al virrey Toledo lo que pensaba el arzobispo Loaiza. Había firmado pacto con las ánimas, pues se tuteaba con los duendes del Cuzco y sabía todas las cábalas de las brujas de sótano. Conocía el rincón mismo en que el diablo perdió el poncho. En la cocina del convento espantaba los ratones de Fray Martín. Asistía a cada excomunión como si tuviera mucho miedo, pero al pasar de vuelta por las iglesias tiraba de los crespones de las fachadas. Él era el compañero bellaco que denunciaba a campanazos las trapisondas del virrey hereje. ¡Y no paraba en sus reencarnaciones! Fué ahijado de Amat, conmilión del ciego de la Merced y cortejante de Juana la Mari-macho. Su biografía exhibe un desenfado infatigable. Así estará Dios perdonándolo en este instante nada más que por cuenta de lo que hizo reír al buen Santo Toribio, a los feroces corsarios, al ceñudo rector Peralta y Barnuevo, a los generales de la emancipación y a los presidentes de la República. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. . . Y el grupo se queda inmóvil.

Cuando sale por las rejas la noticia de que acaba de morir, se oye la pena del paisaje y se ve la pausa repentina de los pájaros. Los árboles miran todos a la casa. Ha cerrado los ojos mientras sus hijas le buscaban un libro imaginario y su alma se ha marchado sin ruido, sin rumor, como para esconderse y volver. Al cuerpo le están vistiendo el frac para colgarle en el pecho la medalla de la Academia de la Lengua. Los vecinos se juntan en las puertas a repetir las palabras que les decía. Los niños de las escuelas se acercan boquiabiertos y las niñas contemplan azoradas la ventana. Una mujer repite que ahí mismo, debajo de ese sauce, se sentaba todas las mañanas en el sillón de ruedas. Pero el sauce calla profundamente y el sillón está dentro, tirado como un trasto.

Conferencia pronunciada en el Colegio
el 9 de junio de 1944.

Panorama histórico de la cultura rusa

Por PABLO SCHOSTAKOVSKY

I.

INTRODUCCION

Diferencia entre cultura y civilización. Los elementos constitutivos del espíritu ruso; su formación y sus rasgos peculiares. En qué consiste el supuesto enigma ruso. Lo incomprensible y lo mal comprendido.

He considerado oportuno hacer una introducción a este ciclo de conferencias, para encontrar, desde el principio, un idioma común con ustedes, pues de otro modo quedarían poco comprensibles ciertos aspectos de mi exposición. En primer término, hay que establecer la diferencia que existe entre la noción de la civilización y la de la cultura. Hace pocos años hubiera sido azaroso afirmar que las palabras civilización y cultura son dos nociones distintas, pues todo el mundo las emplea indistintamente. En el Diccionario de Filosofía de Ferrater Mora, no hay aún término "civilización". Hay sólo "cultura". Pero el artículo correspondiente, desde las primeras palabras, habla de la división filosófica antigua del mundo en el

de la naturaleza y en el de la cultura; del estado natural y del estado civilizado. De este paralelismo resulta claro que para el autor las dos nociones son idénticas. Sin embargo, las ideologías extrañas que se abrieron paso en los últimos veinticinco años, evidenciaron el peligro que presenta la civilización material puesta al servicio de fuerzas movidas por tenebrosos instintos del mal; y hoy día no se puede ya, según pienso, emplear los dos términos como sinónimos. Pero los ensayos de definición de que disponemos, son pocos, incompletos y son vagos. Los más notables pertenecen a pensadores alemanes, que fueron los primeros, como es natural, en protestar contra la negación de valores espirituales en su propia patria. Max Scheler en su "El saber y la cultura" dice textualmente: "suponiendo que las ciencias positivas llegasen a la perfección de su proceso, el hombre, como ser espiritual, podría permanecer absolutamente vacío y aun podría retroceder hasta un estado de barbarie, comparado con el cual todos los llamados pueblos primitivos serían "helenos". —Es decir, hombres de civilización y cultura refinada. — Y luego Max Scheler termina su ensayo diciendo: "La barbarie, científica y sistemáticamente fundada, será la más espantosa de todas las barbaries imaginables. Pero también la idea humanística del saber culto, —tal como en Alemania la encarna del modo más sublime Goethe—, ha de subordinarse a su vez, y ponerse en su última finalidad al servicio del saber de salvación. Porque todo saber es, en definitiva, de Dios y para Dios".

De esta cita yo les pido retener la del hombre sabio, absolutamente vacío como ser espiritual, pues esta definición nos servirá más adelante.

La razón de la falta de precisión en la definición de la civilización y de la cultura reside en que las dos nociones están extremadamente entrelazadas. Aun en su etapa más primitiva, la evolución espiritual supone cierto grado de civilización: la facultad de elevar el pensamiento hacia conceptos abstractos, o sea una elevación sobre la vida puramente bestial. Además, y a pesar de que el cristianismo se afirmó y se propagó por obra de pescadores galileos iletrados, el desarrollo de la cultura espiritual cristiana estuvo durante siglos en las manos de la gente de Iglesia que eran los hombres más civilizados de su tiempo.

Mas sea cual fuese la raíz de la confusión de las dos nociones, reduciendo la discusión a consideraciones fundamentales, y simpli-

ficando así el problema de su elucidación, podemos establecer fácilmente la diferencia que buscamos. Efectivamente, sin caer en un abuso de interpretación, podemos definir la civilización como el conjunto de los adelantos del progreso material, incluyendo en éste no sólo cosas materiales propiamente dichas, como la radio, tanques y aviones, sino también las disposiciones que rigen la vida material. o sea Leyes, regímenes políticos, doctrinas científicas y aun el modo de ser comúnmente aceptado; en una palabra, todo lo que no forma parte de la vida íntima de los seres humanos; y la cultura, como el estado y la evolución espiritual de un hombre, de una familia, de una corporación o de una nación. Si nosotros admitimos que el organismo humano puede contener un alma, cualquier asociación humana la posee también, pues posee su propio espíritu peculiar. Por falta de espacio, no me extiendo sobre este particular. Los interesados podrán consultar con provecho el tercer tomo de la obra de Oswald Spengler "Decadencia de Occidente", admirablemente vertida al castellano, y en que este tema está detalladamente desarrollado.

Pero en mi exposición, en vez de la palabra alma emplearé el término espíritu, y no para contentar a los racionalistas, sino porque traduce, a mi modo de ver, mejor que la palabra alma, demasiado contemplativa, la idea de una continua emanación de la fuerza obrante.

Sin entrar en el detalle de los dos conceptos ya establecidos, de lo que es la civilización y la cultura, ni en su mutua relación, resulta por sí mismo, de la definición que ofrecí, que la diferencia fundamental entre ellas consiste en que la civilización es siempre universal, en el sentido de su accesibilidad para todo el género humano, mientras que la cultura es, necesariamente, peculiar, pues se trata de la propiedad íntima de cada ser y de cada agrupación humana. De esta deducción podemos sacar en seguida otra, que la civilización puede ser adquirida, comprada, inculcada artificialmente. Un salvaje, convenientemente dirigido, puede recibir una instrucción técnica que le permitirá manejar un avión o un tanque, ser mecánico, conducir una locomotora, y, al contacto con gente civilizada, tomar la costumbre de lavarse, bailar danzas modernas, vestirse como un hombre de mundo y aun publicar sus memorias. La historia nos presenta más de un ejemplo, cuando toda una nación tomaba prestada una civilización ajena por la voluntad de un solo hombre,

o por la de una asamblea de representantes. Rusia, bajo Pedro el Grande, y Turquía, bajo la dictadura de Kemal Bajá, se proveyeron de la civilización occidental como si se tratara de comprar, en una feria de Occidente, un traje hecho; y en América, naciones jóvenes tomaron prestados en la misma feria, leyes, principios democráticos, programas educacionales, reglamentos militares, etcétera. Pero nadie y nunca ha podido comprar la cultura ajena, pues su fondo es innato, sus primeras luces se maman con la leche, y su evolución es un proceso íntimo, regido por el corazón, a la inversa de la civilización regida por la razón. Así presentada, la definición de la cultura puede parecer estrictamente individualista, o sea aplicable sólo a cada ser humano en particular. Pero si procedemos a determinar, como en el cálculo infinitesimal, la integral de aquella cantidad diferencial, o, recurriendo a un lenguaje más popular, si procedemos a sumar los casos individuales para sacar la resultante de la cultura de todo un pueblo, tendremos que reconocer que su cultura es función de su espíritu, y que éste se ha formado bajo la influencia de cuatro factores que son: la geografía física de su territorio, el temperamento racial, la religión y la historia. Diciéndolo, no temo en absoluto reconocer la influencia de condiciones materiales de vida sobre la formación del espíritu, y, por consiguiente, sobre la cultura y su evolución. Pero dicha influencia, lejos de menoscabar la condición de lo peculiar de la cultura de cada pueblo, no hace más que subrayarlo, al paso que la reacción de un pueblo a las condiciones materiales de su existencia da siempre la medida de su cultura espiritual.

La geografía física de la llanura rusa se caracteriza por cuatro elementos, cuya influencia puede ser establecida claramente, y que son: la selva, la estepa, el río y el clima rigurosamente continental. Ninguno de estos cuatro elementos tiene carácter razonable y moderado, como en la vecina Europa occidental. La selva corre de modo ininterrumpido a través de dos continentes del mar Báltico al Pacífico, cubriendo una ancha faja en la parte septentrional del país; y la estepa se extiende desde los Cárpatos hasta la cordillera de Tian - Shan en el Asia Central. Fué la selva la que salvó el pueblo ruso del exterminio por las hordas que Asia enviaba durante mil años a través de las estepas rusas, a la conquista de Europa; y la misma selva, aislando al hombre, fortalecía su alma, asociándolo al misterio que se ocultaba en su espesura; le inclinaba hacia

la meditación y el misticismo, y también, hacia la superstición. Proporcionaba al hombre todo lo necesario para vivir y vestirse, salvo el trigo, que había que cultivar en los claros conquistados con gran dificultad a la selva. Esta vida contemplativa inició al pueblo ruso en los secretos de la naturaleza que quedan todavía como un libro herméticamente cerrado para la ciencia oficial.

La estepa, a diferencia del bosque, no daba abrigo alguno. Su humus negro, el famoso "chernoziém", atraía a todos los vecinos, y había que defender allá su existencia con armas en la mano; aun, como ustedes saben, últimamente. La relativa seguridad se estableció en las estepas rusas sólo en los siglos XV - XVI; mientras tanto la vida en la llanura infinita desarrolló en el pueblo la pasión de los horizontes ilimitados, y templó el espíritu guerrero de las comunidades cosacas, formadas por fugitivos que huían de la administración central, con o sin razón, pero siempre por amor a la libertad.

El lazo de unión entre la selva y la estepa lo forman los ríos, cuya extensión y orientación son también notables. Es efecto, todos los grandes ríos de la Rusia europea, que desembocan en los cinco mares que la rodean —el mar Báltico, Blanco, Negro, de Azov y Caspio— parten de la meseta central de Valday. Sus manantiales se acercan tanto unos a otros que, desde la más remota antigüedad, se establecieron, a través de los sistemas fluviales rusos, rutas de tránsito internacional entre la Europa occidental y el Oriente. Las recorrían barcos, que los griegos llamaban "monoxilites", es decir, hechos de un solo tronco, pero con capacidad de treinta a cuarenta toneladas de carga útil. Para pasar de un sistema fluvial a otro, existían caminos de acarreo, hechos enteramente de madera, a la manera de los "slipways" o gradas de astilleros, y que permitían el transporte de los barcos de un río a otro sin descargar. De modo que, en la época en que los Estados occidentales vivían aislados, recelosos unos de otros, los ríos rusos servían de poderoso factor de relación internacional. Sobre esta particularidad hay que detenerse, pues la orientación de los ríos de Rusia europea, preconizaba la futura expansión de la nación hasta que llegara a sus fronteras naturales o sea a las orillas de los cinco mares, independientemente de las ambiciones, aciertos o errores de sus gobernantes; al paso que, el tránsito fluvial internacional, tenía que inculcar en el pueblo un profundo sentido de universalidad. Es este uno de los rasgos

sobresalientes del espíritu ruso, y que el pueblo analfabeto y carente de la civilización material, supo conservar como un tesoro a través de mil años de su existencia, para darle, por fin, su pleno desarrollo y aplicación práctica a la vida real en la época moderna. Aquí está el secreto de la solución del problema de las minorías.

Entre paréntesis, el sistema de los canales, creado por Pedro el Grande, desarrollado flojamente por sus sucesores, y al cual la revolución dió un desarrollo formidable, hasta hacer de Moscú el puerto de los cinco mares, no es otro que una modernización de los antiguos caminos de acarreo.

El clima continental se destaca por las extremadas diferencias que existen entre los calores de verano y los fríos de invierno. La agricultura depende en gran medida del volumen de la nieve, del momento en que ésta cae, en otoño, y se derrite en la primavera. Con tantas conjeturas climatéricas el campesino ruso se hizo fatalista: con la mejor voluntad y aplicación, la cosecha depende siempre y enteramente de Dios. También influyó enormemente sobre la mentalidad del campesino ruso, el largo descanso obligatorio que le proporcionaba el invierno. Para sus trabajos campestres, el agricultor ruso tiene un poco más de la mitad del tiempo del cual dispone su colega occidental. De aquí el ritmo acelerado de las tareas veraniegas, que se sustituyen luego por la inactividad forzosa invernal. Es la consagración de la falta de costumbre de un trabajo metódico, bien repartido, al paso que de la capacidad de realizar tareas que a los extranjeros parecen hercúleas, y que superan todos los records. La geografía física es motivo de otro detalle de la vida rusa que rara vez se toma en consideración, pero que influyó mucho en afirmar el fatalismo y en dar cierto aspecto exterior a la vida y cultura rusas. En esta llanura no hay piedra de construcción, salvo en periferias, pero abunda la madera. Desde tiempos inmemorables el pueblo ruso vivía en casas de madera; aun los palacios ducales, catedrales y las defensas de las ciudades se hacían de roble. Un estadista calculó que la edificación total de Rusia se renovaba todos los diez años a causa de los incendios. Esta afirmación yo la dejo a la conciencia de su autor; pero lo que es cierto, es que, salvo muy contadas catedrales, iglesias y el Kremlin moscovita, Rusia no tiene monumentos arquitectónicos. La falta de piedra tuvo, indiscutiblemente, una gran influencia sobre el fenómeno que yo hubiera llamado "desurbanización" del Estado ruso, y que du-

rante siglos mantenía el centro de gravedad de la vida nacional en el campo.

Aquel conjunto de factores fundamentales de la geografía física, requiere ciertas conclusiones generales. Sorprende, en primer lugar, lo ilimitado de las posibilidades que se le ofrecen al hombre ruso. De ello nace, como consecuencia natural, la audacia de no poner límites a lo permitido. Un ruso, saliendo de su casa, puede moverse a todos los vientos, en el sentido propio de la expresión como en el figurado. En todas partes hay espacio, tierra, caza y pesca; las riquezas naturales son inagotables, fabulosas, pero no hay posibilidad de recogerlas sin esfuerzo. La naturaleza rusa obliga al hombre a penar, y el clima, a tomar ciertas medidas de precaución contra las inclemencias invernales. Pero ese clima no opone una resistencia invencible al esfuerzo del hombre; no logra dominarlo; se deja sojuzgar; alienta el desarrollo de las energías humanas.

Al mirar el mapa, otra observación se impone: la ausencia de grandes asperezas y desigualdades de terreno, y la variedad de las vías fluviales diversamente orientadas, que favorecen la repartición de la raza rusa sobre territorios de extensión singular. La colonización, fomentada por aquellos factores, hizo posible, aun inevitable, la formación de un gran imperio, que se extendió finalmente sobre la sexta parte de la tierra firme.

Europa con su clima moderado y su configuración geográfica de aspectos proporcionados, termina más o menos al 20° de longitud Este. Allá empieza el país más desproporcionado que hay en el mundo; país en que fracasó la civilización europea, como también las civilizaciones asiáticas. Rusia no es Europa, pero tampoco es Asia, es Eurasia. Así lo decidieron los factores geográficos, que predeterminaron los aspectos peculiares de la economía y de la cultura rusa.

Raza. — La formación de la nación rusa también se explica satisfactoriamente sólo al tomar en cuenta los factores aludidos, que facilitaron la difusión étnica del pueblo ruso, y, al mismo tiempo, no le proporcionaron ninguna defensa natural contra las incursiones de enemigos exteriores. Sería demasiado largo entretenernos con la historia de formación de la raza rusa. Para los fines que nos interesan es suficiente anotar que alrededor de ochenta pueblos y tribus entraron en la composición del conglomerado ruso, cuyo núcleo principal son los grandes rusos, arraigados en la meseta cen-

tral de la Rusia Europea. En la composición de este núcleo entran tres grupos étnicos dominantes: el eslavo, el finés y el tártaro. Las tribus finesas de origen mongólico ocupaban todo el norte y noroeste de la Rusia europea desde tiempos inmemorables. Dispersas sobre un territorio inmenso, repartidas en un gran número de tribus sin cohesión ni organización interior alguna, se dejaron asimilar por los eslavos con una extraordinaria docilidad; aceptaron todo: religión, idioma y costumbres, sin oponer la menor resistencia. La razón de tanta sumisión reside en la simplicidad natural de los fineses. Ellos asimilaban la cultura eslava, por ser ésta superior a la suya, sin esbozar el menor gesto de protesta. La rusificación de las tribus finesas, empezada en la primera mitad del siglo IX, continúa todavía en el Asia septentrional. De su origen mongólico, la raza finesa conservó muy pocos rasgos que son cualidades: la solidez, la paciencia y la perseverancia.

El grupo tártaro, al contrario de los fineses, se mostró rebelde a la asimilación, y a lo largo de los siglos desapareció en gran parte por vía de eliminación. La civilización, aun rudimentaria, de un pueblo cristiano, ejercitaba una acción descomponente sobre las cualidades de los nómades, sin proporcionarles algo en substitución de lo que ellos perdían, pues la sumisión espiritual, de la cual dieron un ejemplo asombroso las tribus finesas, fué estorbada por el fanatismo mahometano. La falta absoluta de elasticidad, convirtió finalmente a los tártaros en un elemento étnico sin ninguna influencia sobre los destinos del país. Pero, a pesar de su decadencia político-social, son renombrados por su sobriedad e integridad, así como por su alta moral doméstica.

El tercer grupo, el eslavo, pertenece a la gran familia de la raza aria indo-europea. Su primera ubicación en Europa fué, probablemente, el norte de los Cárpatos. De ahí sus tribus se dispersaron, en parte al sur, formando las naciones eslavas balcánicas, en parte al oeste y al norte —los checos y los polacos—; en parte hacia el este —los rusos—. Es muy probable que éstos aparecieron en la cuenca del Dnieper ya en el siglo VII, y que de allá se extendieron hasta el lago Ilmen y al alto Oca, afluyente del Volga. ¿Qué aporte hizo el pueblo ruso en la alcancía racial? Un crítico occidental lo define de este modo: "una exuberancia que, tal vez, no se encuentra en el mismo grado aun entre los pueblos meridionales, y un genio inquieto, inconstante, anárquico, incoherente; un tem-

peramento flexible y elástico, de receptividad ilimitada...". Por mi parte, no protesto contra esta definición, porque diré francamente que aquella inquietud, incoherencia, elasticidad, y sobre todo receptividad ilimitada, me gustan; ustedes adivinan, probablemente, por qué. Quiero añadir sólo a aquella característica la palabra "místico", ya que, aun exagerando hasta el extremo los defectos y las cualidades enumeradas, no hay posibilidad de obtener un ruso típico, sin añadir la influencia del ortodoxismo, cuya impronta sobre el espíritu ruso es tan imborrable como la del catolicismo sobre un español. Ateo o creyente no importa.

¿Qué es el ortodoxismo? — Como base, la Iglesia Católica griega tiene los mismos siete sacramentos y el mismo Credo que la Iglesia Católica Romana. La diferencia consiste en una sola palabra: Filioque, que Roma agregó al Credo de Nicea, en la definición de la procedencia del Espíritu Santo. El agregar esta palabra provocó la separación de las dos Iglesias a mediados del siglo XI. El solo hecho de que los ortodoxos se detuvieron, en cuanto a las definiciones dogmáticas y a la liturgia en los primeros siglos del cristianismo, acerca su espíritu a los tiempos remotos del ascetismo oriental de la Tebaida. En ningún momento cedieron algo ante el progreso y las exigencias de la vida. Desconocen indulgencias y dispensas; sólo el trabajo íntimo de la conciencia, el arrepentimiento, puede conseguir la absolución de los pecados; los ayunos son rigurosos, sin carne ni huevos ni productos lácteos. Nada de extraño entonces que el pueblo ruso conservara más que cualquier otro, las aspiraciones propias del cristianismo. No es raro encontrar en él, lo que se perdió casi por completo entre los pueblos occidentales, a saber, el espíritu de ascetismo y abnegación, el apego a la pobreza, a la mortificación, al sacrificio. Ninguna religión, salvo tal vez el judaísmo, se infiltró tanto en el modo de ser de un pueblo, como el ortodoxismo en las costumbres rusas. Hasta la revolución, el pueblo, en el campo, vivía con el calendario eclesiástico, y como términos de contratos y convenciones servían los días festivos, o el principio y el fin de grandes ayunos. Un peón se alistaba por la temporada de trabajos campestres, desde el día de San Alejo, "Hombre de Dios", hasta el de San Juan el Teólogo, o sea, desde el 17 de marzo hasta el 26 de septiembre. El terrateniente se obligaba a entregar al negociante en granos tal cantidad de trigo antes del día del Arcángel Miguel, o sea antes del 8 de noviembre; y éste

prometía pagar tanto a la entrega de la mercadería y el resto en víspera de la fiesta de la Anunciación. Dicha costumbre presentaba la comodidad para recordar los plazos exactos de las obligaciones contratadas. Y los términos de estas transacciones, siempre verbales, aun cuando se hacían por sumas importantes, se observaban religiosamente, mejor que los contratos notariales, quizá por temor de los santos, cuyos nombres se evocaban en cada oportunidad.

Los escépticos, para restarle importancia a la religiosidad del pueblo ruso, arguyen que éste conservó intactas las supersticiones heredadas de sus antepasados; afirman que en Rusia se instaló una birreligión, amalgama de cristianismo con paganismo. ¿Qué hay de cierto en ello?

Levantar las supersticiones rusas, como cualesquiera otras, al nivel de un concepto religioso y hablar de birreligión, comprueba únicamente lo inadecuado de nuestra terminología para el manejo de ideas, nociones, hechos y apariencias que no caben dentro de las disciplinas racionalistas. Ante todo, una religión puede "convivir" con las supersticiones, pero no puede "amalgamarse" con ellas; lo mismo que una religión convive, pero no se amalgama, con los vicios, pecados y prejuicios de sus fieles. El problema de la superstición se aclara solamente tomándolo como lo toman los creyentes ingenuos, o sea, reduciéndolo a un conjunto de prejuicios que no tienen nada que ver con la religión y que deben ser considerados como ilogismos o faltas de juicio, es decir, como una discordancia con las creencias religiosas que el hombre profesa. Los ateos supersticiosos lo saben tan bien como los creyentes.

Además, a menudo se comete el error de considerar como superstición lo que en realidad es una interpretación de creencias cristianas, que choca la susceptibilidad de la gente fina por ser algo ingenua; por ejemplo: un campesino ruso, oyendo el trueno, dice: "El profeta Elías pasea en su carro de fuego" y los racionalistas se ríen de su torpeza, pero, si el campesino, al igual de los niños, mira el cielo con ojos carnales, ello tiene su explicación natural: la fe no es un asunto de la razón, sino del corazón, y si fuera de otro modo, a los candidatos a la salvación se les exigiría diplomas universitarios.

La profesión de la doctrina evangélica en toda su sinceridad y sencillez indica el muro de separación de la cultura rusa de lo que se llama generalmente la cultura occidental, y que es el conjunto de

distintas culturas de los pueblos occidentales. No se trata de una diferencia de grado o de nivel, sino de una diferencia fundamental de base. ¿Cómo explicarlo, cuando una y otra son culturas cristianas? Es que el conjunto del patrimonio cultural del Occidente procede de la base clásica, que se llama generalmente civilización griego-romana, y que en realidad es griego-romano-hebraica, pues hebraica es la raíz del cristianismo, mientras que la cultura rusa procede de la civilización bizantina. La diferencia entre las dos civilizaciones es demasiado grande para poder medirlas con la misma vara. Lo que el occidente tomó del antiguo mundo griego-romano es una civilización pagana —su mayor fuerza y su mayor debilidad— a la cual el cristianismo dió el lustre de la cultura hebraica. En cambio, la civilización bizantina se formó en el Cercano Oriente, bajo la influencia y el empuje directo del cristianismo, de una mezcla de civilizaciones locales de pueblos del extremo sureste europeo, de Asia Menor, Siria, Palestina y Egipto, que quedaron al margen de la civilización griego-romana. Me podrán objetar que dichas culturas también eran paganas. Cierto, pero no alcanzaban, ni de lejos, la perfección, la armonía de conjunto de la civilización griego-romana, y por lo tanto carecían de su importancia. Eran menos que nada frente a las verdades evangélicas. No impidieron a la civilización bizantina formarse en el seno de la Iglesia Católica Ortodoxa, lo que le dió un sello altamente espiritual, muy distinto de la tendencia que prevaleció en el Occidente, donde la base materialista de la civilización griego-romana indujo a la Iglesia a hacerse Estado terrenal. Luego la Reforma fué otro paso lógico en el camino de la racionalización de la fe cristiana, y que dió otro motivo de aislamiento de la cultura rusa, evidentemente demasiado irracional, para ser comprendida por el Occidente.

La profesión de una fe ingenua y firme, que no se deja impresionar por "lo inexplicable", permite al pueblo ruso vivir en un mundo que linda con lo milagroso y que los pueblos de tendencias racionalistas desconocen por completo. Claro que esta vida la vive el pueblo. Más tarde, tratando los sucesos históricos que también intervinieron en la formación del espíritu ruso, explicaré las razones del abismo que separó al pueblo de las clases ilustradas a principios del siglo XVIII, en la época de las reformas de Pedro el Grande. Pero, a pesar de encontrarse muy distantes de su pueblo, los intelectuales, nacidos y crecidos en continuo contacto con la gente sencilla,

no podían sustraerse completamente al encanto del mundo de lo "inexplicable", que mantiene siempre vivo, no digo el desprecio, sino cierta indiferencia o, mejor dicho, frialdad hacia los valores de este mundo en que todo se explica demasiado bien. Y aquí, codeamos de cerca el enigma ruso que consiste en aplicar la medida de la civilización materialista del Occidente a un mundo en que los hombres y las cosas se juzgan por lo que valen espiritualmente.

Mas, para poder aplicar este último criterio con toda sinceridad, hay que poseer una mentalidad irracional, la cual, dentro del mundo racional, debe por cierto parecer incomprensible. Admito que es difícil aceptar las exteriorizaciones de una sinceridad intrépida como algo normal. No todos la comprenden, y muchos la ponen en duda, o en el mejor caso la tildan de ingenuidad. He aquí la razón de las calumnias, sospechas e interpretaciones malévolas que caen sobre el pueblo ruso desde que Pedro el Grande abrió la ventana al Occidente. . . . Es tan humano desconfiar de algo que uno no sabe o no entiende.

¿Pero, dónde y cómo hallar una prueba tangible de que el pueblo ruso tiene realmente aquel mundo propio, peculiar, y que su manera de razonar corresponde a los principios desarrollados en mi exposición? Creo que lo mejor es recurrir a la voz del mismo pueblo; al inagotable tesoro de su milenario folklore, en que están expuestas su fe, sus supersticiones, como sus reacciones a las múltiples facetas del mundo exterior, y hasta su credo político - social. Es el testimonio más seguro y más insospechable de la mentalidad, de las creencias y del espíritu ruso. Mirado en su conjunto y desde este punto de vista, el folklore contesta a cualquier pregunta que se le puede formular empezando por las relaciones del pueblo ruso con Dios y el Poder Supremo, y hasta los menores detalles de su vida material y moral. Como es de suponer, Dios y todos los santos son suyos, son rusos, y la tierra rusa es santa, porque Jesucristo la cruzó de un extremo a otro bendiciendo cada palmo. Ya que es así, la poesía popular anónima simpatiza sólo con los héroes y personajes que son buenos ortodoxos; que rezan al levantarse y al acostarse; que se persignan al entrar en una casa y al sentarse a la mesa; en una palabra, que cumplen con todos los preceptos de su religión.

Dios en el cielo, y el Zar en la tierra, es la fórmula con que se consagra el Poder Supremo. Pero, a pesar de que en mil años de su historia reinaron en Rusia solamente dos dinastías, no hay rastro

de lealtad dinástica en los cuentos rusos. El Zar es siempre omnipotente, pero aun el presidente de una república democrática de nuestros tiempos, se hubiera ofendido si lo trataran como el pueblo ruso trata a los zares de sus cuentos. El último campesino le dice "tú" y nunca le da otro título que el familiar "padrecito zar". Y si éste muere, el pueblo proclama, habitualmente, como a su sucesor a un campesino, y muchas veces este es Iván el Tontito, que mereció su apodo por no abrigar pretensiones y deseos egoístas, y vivir — el cuento nunca lo subraya, pero eso resulta claro de los hechos narrados— de acuerdo con la más pura doctrina evangélica, aplicada a la vida integralmente, sin la menor hipocresía. Claro que un hombre así debe parecer loco a las personas razonables que lo rodean. Esta afirmación del derecho de un campesino cualquiera al trono, es tanto más característica para el espíritu ruso, cuanto el folklore nacional no hace caso de las clases intermedias. Sería tal vez atrevido afirmar que el zar, para el pueblo ruso, era siempre nada más que un delegado, cuya función correspondía al principio de unipoder, si la tendencia folklórica no se verificara en la vida real cada vez que el pueblo tiene que constituir una entidad social. Bajo los zares, el "Mir", asamblea general de todos los jefes de familia de una aldea, elegía a un "starosta", cabecilla, que regía indistintamente todos los asuntos de su aldea sin otras instrucciones que la tradición. En cada parroquia un "starosta", elegido por los parroquianos, rige todavía sus negocios materiales, pues el cura, en la Iglesia Ortodoxa, nunca se ocupa de los asuntos temporales de su parroquia. Otro ejemplo: sobrevivió aún a la revolución una admirable organización de trabajo que existe en Rusia desde los tiempos inmemorables y que se llama "artel". Es una especie de cooperativa, pero con esta diferencia esencial: de que no es una forma de defensa de los intereses materiales de sus componentes, como en el Occidente, donde la lucha contra los acaparadores capitalistas se realiza por los mismos medios capitalistas, sino que asociaciones de trabajo, sin capitales, y que hacen caso omiso del régimen capitalista. Son obreros especializados en ciertos trabajos que forman una artel y eligen a un starosta, el cual rige los asuntos de su comunidad, como un pequeño déspota. Si es una artel de obreros cavadores, el starosta firmará un contrato con una gran empresa de construcción; si es de sastres, con una gran tienda de trajes hechos, etcétera. Cada mes el starosta recibirá el pago con-

venido, liquidará los pequeños gastos de la comunidad y distribuirá el resto entre los componentes de su artel.

Estos detalles, según creo, les aclararán muchas cosas referentes a los aspectos de la revolución y de la evolución rusa, así como cuán absurdo es adoptar al pueblo ruso, la medida occidental, aun en el concepto de nociones tan comunes como las libertades políticas.

Y para terminar con esta exposición, saquemos del mismo folklore el ideal de campesino que responde al credo del pueblo ruso.

Las obras más típicas de la poesía épica rusa son las "bylinas", que cuentan las hazañas de los valientes "bogatires", caballeros dotados de una fuerza física sobrenatural, que guardan y defienden la "santa" tierra rusa. Sus aventuras se narran en el llamado ciclo épico kieviano, que hace remontar la acción a la época de San Wladimiro, Gran Duque de Kiev, que bautizó a Rusia. Entre los valientes colaboradores de aquel duque kieviano, el más querido por el pueblo es Elías Múromets que, según el canto, es hijo de un campesino de la aldea de Carachárova, de la región de Murom. Esta precisión geográfica obedece a la preocupación de dar mayor veracidad a la imagen del legendario héroe. Se trata de un idealista desinteresado: no le tientan las riquezas; niega el rescate que le ofrecen los hijos del bandolero Solovey para la liberación de su padre; y cuando le cae en sus manos un tesoro, no lo toma para sí, sino que lo emplea para edificar "casas de Dios". Una valentía tranquila, un amor férvido a su patria, piedad, generosidad, sencillez, veracidad y la ausencia de deseos egoístas, tales son las cualidades morales con las cuales el pueblo agració a su héroe más querido y que le comunican un carácter extraordinariamente simpático.

Y ahora, ustedes me dirán si el pueblo ruso ha demostrado o no, —en esta hora crítica para su patria —haber quedado fiel a la imagen idealista de Elías Múromets, incluso en su piedad, pues restableció el prestigio de la Iglesia con la elección de un Patriarca.

II.

EL PERIODO KIEVIANO (s. IX - XIII)

Vías de penetración de la civilización occidental y de la cultura bizantina. La conversión al cristianismo y sus efectos prácticos. Epoca de Yaroslao el Sabio. El testamento de Vladimiro Monomajo. El ocaso de la Rusia kieviana y la invasión tártara.

Rusia se formó, como Estado, muy tarde, en 862. La tradición quiere que este acto se cumpliera con la llamada del príncipe varego (sueco) Rurik y de sus dos hermanos, para que vinieran a gobernar la Tierra rusa. Según las crónicas, los delegados que les transmitieron esta invitación les dijeron: "Nuestra tierra es grande y abundante, pero no hay orden en ella. Venid a reinar y a gobernarnos". Rurik vino y fundó la dinastía a la cual dió su nombre y que afirmó en Rusia por más de siete siglos. Pero las crónicas que dan esta versión han sido escritas dos siglos y medio después de la llamada de los varegos, y si nosotros desbaratamos la versión oficial de todo lo que parece ser leyenda, el acto de fundación del Estado ruso se nos presentará bajo colores muy distintos. Para desentrañar la realidad histórica hay que saber lo que era Rusia en aquel entonces.

El país ocupaba una faja de terreno boscoso de unos 500 o 600 kilómetros de ancho y unos 1.700 kilómetros de largo, que partía de los Cárpatos en dirección noreste, hacia el río Vetluga, afluente del Volga. En esta faja se formaron ocho "Tierras rusas", las cuales, por el nombre de sus capitales, se llamaban: Tierra de Galich (Galitzia), Tierra de Nóvgorod Volínsky (Volhinia), Tierra de Kiev, de Chernigov, de Pólotzk, de Smoletnsko, de Riazán y de Suzdal. Al norte de las tierras de Polotzk y de Smolensko se ubicaba el territorio de la ciudad que se daba el nombre de Señor Nóvgorod el Grande, tan orgullosa era de su poderío. Tras su territorio metropolitano se extendían, hasta el Océano Glacial y los Urales, sus colonias pobladas por tribus de raíz finesa o mongólica.

Las ocho "tierras" nombradas pertenecían a las respectivas ciudades, que eran repúblicas urbanas autónomas, y formaban lo que

nosotros hubiéramos llamado actualmente una federación, unida nada más que por lazos del idioma, de la raza y de los intereses comerciales comunes. Estos derivaban, como ustedes saben ya, de su notable situación geográfica. El territorio de la federación englobaba los manantiales de todos los ríos que unen a la meseta central rusa con los cinco mares que la rodean. Eso le aseguraba la situación de intermediario entre el Occidente y el Cercano Oriente, Persia y aun la India. Constantinopla era entonces el centro religioso, cultural y comercial del Cercano Oriente, y Rusia, todavía pagana, vivía del comercio internacional, abasteciendo los mercados extranjeros de ciervos, pieles, miel y cera de abejas silvestres. El eje geográfico, político y económico de aquella federación lo formaba la famosa vía acuática, conocida bajo el nombre de la "Gran ruta de los Varegos a los Griegos", la más importantes entre las vías del tránsito internacional de las cuales hablé. Pasaba del golfo de Finlandia por el río Nevá al lago Ladoga, remontaba el río Voljov hasta el lago Ilmén, y luego el río Lovát hasta sus manantiales. De allí saltaba al río Dviná, por medio de un camino de acarreo; del Dviná al Dnieper y luego seguía este río hasta el mar Negro y Constantinopla.

Los ríos tributarios de los lagos Ladoga y Onega se unían a su vez por caminos de acarreo, con los sistemas fluviales del Volga y del Dviná de Norte, asegurando las comunicaciones del mar Báltico con el Caspio y el mar Blanco. Pero la ruta Varego-Griega era la de mayor importancia, pues por su trecho norte entraban los barcos mercantes del Occidente, y por su trecho sur penetraba en Rusia la cultura bizantina. Los varegos, cuya industria principal consistía en la piratería, no estaban interesados en introducir en Rusia la civilización occidental. Lo único que los rusos aprendieron de ellos, a costa suya, ha sido la organización feudal. Tres siglos más tarde, cuando la ruta Varego - Griega, por razones que expondré más adelante, perdió toda su importancia, las ciudades Nóvgorod y Pskov, establecieron por su trecho nórdico, intensas relaciones comerciales con Inglaterra y las ciudades hanseáticas alemanas: Hamburgo, Lubeck, Bremen y Colonia.

Es muy característico que en aquellas regiones, que estuvieron tanto tiempo en relaciones seguidas y directas con Escandinavia y Alemania no hay ni hubo rastro de la influencia cultural germánica. Nóvgorod y Pskov son las ciudades rusas que, merced a

su prosperidad comercial, conservaron mayor cantidad de edificios antiguos en piedra y ladrillos. Ninguno revela la influencia gótica.

Y con lo dicho, y haciendo exclusión de dos o tres leyendas de origen germánico, que el folklore ruso aceptó en su repertorio, rusificándolas hasta hacerlas perder cualquier similitud con sus originales, se cierra el balance de lo que, por vía nórdica, recibió la antigua Rusia de sus vecinos occidentales, como contribución a la obra de civilización y cultura.

La rusificación de los guerreros varegos, que se establecieron en Rusia, se realizó con tanta rapidez que ciertos investigadores atribuyen aún el nombre de rusos a la tribu varega que se apoderó del pueblo eslavo que vivía anónimo en la cuenca del Dnieper. Pero estos sabios no explican por qué los eslavos que habitan por ambos lados de la cordillera carpática se llaman también rusos. Se puede ver en los mapas checoslovacos que la provincia más oriental de aquella república se llama todavía Rusia Sub Carpática y del otro lado de la cordillera la comarca que los polacos disputan a los rusos se llama Rusia Carpática. Sea como fuese, repito, no quedó rastro de aquellos conquistadores varegos en Rusia, salvo en la palabra kniáz, derivado de Konung, rey en sueco, y que en el Occidente se traduce "príncipe".

En cambio, muy fuerte y decisiva ha sido la penetración de la cultura griego - bizantina. Las razones son obvias: en primer término, Costantinopla era un gran centro de atracción económica, religiosa y cultural, y que en aquel entonces no tenía su igual en Escandinavia ni en los demás países europeos. Por otra parte, las comunicaciones por río y mar con la capital griega, eran mucho más cortas y fáciles que con los demás países europeos; y por fin, Costantinopla era el comprador principal de las mercaderías que Rusia producía o que transitaban por sus ríos.

Y ahora, antes de proseguir con la influencia de la cultura bizantina, hay que exponer más detalladamente la organización y el estado espiritual del pueblo ruso, en el momento en que la penetración de la cultura bizantina fué consagrada por la conversión oficial de Rusia al cristianismo.

Como organización política, la antigua federación republicana era anárquica. Cada ciudad, con su territorio correspondiente, se gobernaba por medio de un veche. Así se llamaba la asamblea tumultuaria de todos los jefes de familia, que a menudo degeneraba en

riñas, de modo que la decisión se tomaba de acuerdo con la opinión que disponía de un mayor número de puños. Pero el veche, podía tomar solamente decisiones legislativas o decretar directivas generales; por ende, para ejercer el poder ejecutivo, se elegían dos altos funcionarios: uno civil, y que se llamaba "posadnik" o sea gobernador, y otro "tisiatsky" o jefe de la milicia, encargado de la defensa de la ciudad y de las vías de tránsito comercial. Estas estaban continuamente amenazadas: en el norte por los normandos, o los caregos, cuyas bandas atacaban a las ciudades y a las caravanas fluviales; y en el sur por los pueblos nómades que ocupaban las estepas hoy en día rusas y practicaban el bandolerismo en el curso inferior de los ríos Volga, Don y sobre todo del Dnieper. Los saltos que existen en este río, en el lugar donde mil años más tarde fué construída la represa de Dniepropetrovsk, obligaban a descargar los botes, sacarlos del agua y rodear las cataratas por la riva. Era esta la operación que esperaban los nómades para atacar a las caravanas. Claro que se necesitaba una protección armada, un verdadero ejército profesional para garantizar las vías fluviales: y es así como el veche del Señor Nóvgorod el Grande, resolvió alistar al servicio de su ciudad al caudillo varego Rurik junto con su partida de guerreros. La combinación era ingeniosa. La ciudad se liberaba de uno de los aventureros más temibles, al paso que contrataba una fuerza militar notable. Rurik se instaló en Nóvgorod, un hermano suyo en Bieloosero y otro en Isborsk. Las vías fluviales de la poderosa ciudad recibieron la protección anhelada, pero con grave menoscabo para su independencia política interior. Desde aquel momento comienza en el país la lucha interna entre el principio republicano y feudal. Las ciudades rusas no se dieron por vencidas y la última república urbana, la de Pskov, desapareció sólo siete siglos más tarde, en 1510.

El sucesor de Rurik, Olego, transfirió, en 882, la capital rusa de Nóvgorod a Kiev, ciudad que las crónicas antiguas llaman: "Madre de las ciudades rusas".

Así empezó el período kieviano de la historia rusa, que duró tres siglos. Entre paréntesis, el solo hecho de que Kiev, durante tres centurias había sido capital rusa, es bastante elocuente, para desmentir cualquier fundamento histórico del separatismo ucraniano. Kiev era capital rusa, cuando no existía todavía como tal Ucrania.

Los descendientes de Rurik eran sumamente prolíficos y como para la manutención de cada nuevo kniáz se designaba una ciudad,

muy pronto todas las ciudades rusas tenían sus kniazes. Así se afirmó el régimen conocido bajo el nombre de udelno - vechevóy o feudo - republicano.

Desde entonces, la pelea interna, en la "abundante" tierra rusa, ha sido doble: dentro de cada feudo, el principio monárquico luchaba contra el republicano, y afuera, los kniazes luchaban entre sí para apoderarse de un feudo más grande y más rico; sobre todo para apoderarse de Kiev, cuyo príncipe llevaba el título de "gran kniaz" y, teóricamente, encabezaba la federación. Como puede verse, el feudalismo ruso no se parecía en absoluto al occidental.

A pesar de las continuas luchas intestinas, las ciudades rusas prosperaban en su comercio a tal punto que, ya en el siglo IX, Kiev era una gran ciudad, que contaba con nutridas colonias extranjeras, cuya composición hacía de la capital rusa una continua feria euro - asiática. Los tesoros desterrados últimamente indican que grandes capitales habían sido envueltos en sus operaciones comerciales. Las guerras sostenidas por los kniazes kievianos con Bizancio, no perseguían fines de robo y piratería, sino el de obligar a los griegos a firmar tratados comerciales ventajosos para los rusos.

En 907, el kniáz Olego clava su escudo en la puerta de Bizancio, y, después de largos y dificultosos trámites, cierra un tratado comercial ruso - griego que llegó hasta nosotros tanto en su redacción rusa, como en la griega.

En virtud de dicho tratado, en cada primavera, se reunía en Kiev, un enorme convoy de buques comerciales, y, protegido por una respetable fuerza armada, emprendía el viaje a Constantinopla. Bajo las murallas de la capital griega, en un campo especialmente designado a este efecto, los mercaderes rusos pasaban dos o tres meses, para volver a su patria, una vez terminadas todas las operaciones comerciales. Estos contactos regulares y prolongados con los griegos; las visitas a la famosa catedral de Santa Sofía y a la iglesia de Constantinopla; el fasto de los solemnes oficios religiosos, a que asistían, tenían que producir sus efectos sobre los paganos rusos que, al igual de otros pueblos arios, adoraban a las fuerzas de la naturaleza visible: el sol, el cielo, el viento, etc. Personajes fantásticos poblaban los bosques y las aguas, aun las granjas; almas de muertos vagaban por doquier. El antiguo eslavo vivía en medio de una naturaleza animada y en continuo contacto con dioses y espíritus. En su mayoría, unos como otros no eran malos, aun

a menudo protegían al hombre, y si a veces le ocasionaban ciertos desagradados, lo hacían más bien por broma o para castigar alguna falta de atención y reverencia . . .

La ausencia de templos y de una casta sacerdotal, comunicaban al paganismo eslavo un carácter sumamente primitivo; no hay ninguna posibilidad de parangonarlo con la mitología clásica, griego-romana, tan precisa y bien desarrollada: acá y acullá, en las orillas de ríos y de bosques, se erigían ídolos, groseramente esculpidos en madera; el culto exterior se limitaba a ofrecerles sacrificios, a veces hasta humanos. Aquella falta de sistema y de cohesión interior rebajaba las creencias eslavas al nivel de ingenuas supersticiones, lo que tuvo dos consecuencias importantes en el momento de la conversión del pueblo ruso al cristianismo.

La facilidad con que el paganismo cedió su puesto a la nueva religión; y, al mismo tiempo, la supervivencia de supersticiones arraigadas en las almas de los nuevos convertidos.

El acto de conversión oficial tuvo lugar en 989, por obra del gran kniáz Vladimiro, canonizado más tarde por la Iglesia rusa, y se cumplió, según las crónicas, con una simplicidad asombrosa. Los kievianos derrocaron sin más procedimientos a sus ídolos, y luego toda la población entró en el río Dnieper y los sacerdotes griegos procedieron a bautizarla desde la orilla. Iguales ceremonias tuvieron lugar en todas las ciudades y aldeas rusas.

La conversión tuvo como consecuencia directa la creación de la Iglesia Rusa y su sumisión a la jurisdicción del patriarca de Constantinopla. Kiev fué designada como la sede del **Metropolitano de toda la Rusia**, nombrado por el patriarca bizantino. El poder espiritual del primado kieviano se extendió al país entero, asegurando la cohesión del clero, y, al mismo tiempo, estableciendo un nuevo y poderoso lazo de unión de la nación rusa, mucho más fuerte que la comunidad de idioma e intereses comerciales.

Junto con la religión, el clero trajo la instrucción por la palabra escrita. Los libros litúrgicos fueron traducidos al eslavo; en las parroquias se abrieron escuelas, cuyo personal docente eran sacerdotes; aparecieron los primeros aficionados a juntar y a copiar los libros sagrados. Ya que no existía ningún Código legal ruso, el metropolitano y su clero administraban y juzgaban a la gente puesta bajo su jurisdicción de acuerdo con el Nomocanón, el código de la Iglesia Griega, traducido al eslavo bajo el título de **Kórmchaya Knía-**

ga ("El libro del timonel"), que contenía los reglamentos de la Iglesia Católica Griega, ordenados por los apóstoles y por los Concilios ecuménicos, así como las leyes dictadas por los emperadores ortodoxos de Bizancio.

La influencia de la nueva religión, y los cambios que ella provocó en el modo de ser ruso, han sido tanto más hondos cuanto que la Iglesia no podía conformarse con el estado político y social que encontró en la Rusia de aquel entonces.

Existían sólo dos clases sociales: los hombres libres, los patrones, y los esclavos, la turba de criados, el ganado humano (Chéliad); estos últimos, como verdadero ganado, carecían no sólo de derechos, sino de responsabilidad; por el crimen de un esclavo respondía su patrón, que poseía el derecho de vida y muerte sobre su chusma. La poligamia era admitida y las mujeres se adquirían por fuerza, por engaño o por compra. Los cantos populares revelan cuán triste era la suerte de las muchachas vendidas a familias extrañas; cuán dura era la vida de la mujer en general. Nadie hacía respetar el orden y los derechos de la población. Un crimen era considerado como una ofensa personal, que la víctima, su familia o la tribu a la cual pertenecía el perjudicado, tenían que vengar. Los kniazes carecían de interés, aun de posibilidad de intervenir en los asuntos públicos: hasta poco antes se les consideraba como a extranjeros, rodeados de la milicia varega, pagados para que defendieran el país de los enemigos exteriores; o sea como a mercenarios que podían ser despedidos y aun muertos cuando desagradaban a las poblaciones.

La Iglesia tuvo que mejorar aquel estado de cosas. Junto con la prédica de caridad, introduce los primeros elementos de la civilización bizantina; implanta las nociones de organización estatal; explica a los dirigentes cuáles son sus deberes y derechos, les enseña el arte de gobernar, y, al mismo tiempo, se levanta contra las costumbres bárbaras, imponiendo reglas de vida conforme con la doctrina cristiana...

Hay que fijarse en estos detalles para comprender las razones del enorme prestigio rápidamente alcanzado por la Iglesia Ortodoxa. El clero, que era necesariamente griego, extranjero en el país, no podía ni tenía motivos para aspirar al poder temporal. Por ende su actuación nunca salía del dominio puramente espiritual.

Un estudioso, que hubiera querido averiguar, sin apartarse de las vías del positivismo objetivo, las razones del éxito de la propa-

ganda cristiana, el por qué los paganos eslavos adoptaron con una buena voluntad evidente las creencias nuevas y suavizaron sus costumbres, se encontraría ante un problema sin solución aparente. Es que los cambios aceptados por la clase dominante, por los patronos, se realizaban con gran perjuicio de sus intereses materiales, y en beneficio de la chusma que carecía de cualquier posibilidad de expresar sus quejas y deseos.

Es difícil negar que el pueblo ruso sentía cierta predisposición hacia la doctrina cristiana, pues el número de pecadores arrepentidos ha sido tan grande que los monasterios empezaron a fundarse por doquier, y los ascetas se refugiaban en los rincones más apartados de la selva, consagrándose a la tarea de salvación de su alma, y al mismo tiempo, sin quererlo, iniciando el gigantesco movimiento colonizador que incrementó la extensión territorial del Imperio Ruso, hasta tropezar con el Océano Glacial al Norte y el Pacífico al Oriente.

A pesar de que la Iglesia no pretendía, ni podía pretender desempeñar un papel político, su influencia indirecta en este dominio fué relevante. En primer término, ella levantó el nivel cultural de los dirigentes, y con eso, necesariamente, aumentó su prestigio; y por otra parte, afirmó la sumisión del pueblo a los poderes constituidos, de acuerdo con la enseñanza apostólica. Es fácil de comprender que, sin atentar en lo más mínimo a los derechos de la soberanía popular, la Iglesia, involuntariamente, ayudó al principio monárquico a triunfar sobre el republicano. No hubo en ello tendencia antidemocrática intencional, pues dentro de la misma Iglesia, el principio electivo se conservó durante largos siglos: los parroquianos elegían al sacerdote que les convenía, y el pueblo de una diócesis, a su obispo.

La conversión al cristianismo, además de dar el primer empuje a la literatura rusa religiosa, provocó un extraordinario desarrollo de las artes plásticas, de orfebrería, esmalte, y, sobre todo, de arquitectura. La capital y las ciudades rusas se adornaron de notables templos ortodoxos. En Kiev se edificó la famosa Iglesia de la Asunción, llamada "Iglesia del Diezma", pues el kniaz Vladimiro consagró a su contrucción la décima parte de sus rentas. En la misma época fueron elevadas, en Kiev y Nóvgorod, las catedrales de Santa Sofía, así como muchas iglesias notables por su valor artístico, en otras ciudades rusas. Estos monumentos arquitectónicos sobrevivieron a la invasión tártara y a 26 invasiones suecas, polacas, lituanas y teu-

tonas de la Edad Media y moderna, pero perecieron a manos de los alemanes del siglo XX. Construídos sobre modelos bizantinos, demuestran, o mejor dicho, demostraban, en sus frescos y mosaicos un genio artístico que parece haber esperado, como la piedad, el advenimiento del cristianismo para manifestarse.

Tanto en la arquitectura como en las artes plásticas, las obras de aquel período revelan claramente su fondo bizantino, pero en variantes de una originalidad rusa, tan peculiar, que el estilo de la época kieviana recibió el nombre de eslavo - bizantino.

En el tesoro de la catedral de Reims se conserva todavía el Evangelio ruso, que la princesa Ana de Kiev aportó como parte de su dote a su esposo, Enrique I, rey de Francia (1031 - 1060). La tapa de oro de dicho Evangelio es una de las más grandes reliquias del arte kieviano. Durante varios siglos, en el acto de coronación, que se realizaba tradicionalmente en dicha Catedral, los reyes de Francia juraban sobre aquel Evangelio ruso; entre paréntesis, sin saberlo, pues la procedencia del libro fué olvidada y descubierta casualmente por un turista ruso, si no me equivoco, en este siglo.

La conversión al cristianismo y el desarrollo cada vez mayor de las relaciones comerciales con los pueblos occidentales y los griegos, dieron a la Rusia kieviana un empuje cultural de tal magnitud que, muy pronto el joven Estado adquirió un puesto de honor entre las potencias europeas. Las relaciones de Yaroslao el Sabio (1019 - 1054), hijo de San Vladimiro, con las cortes europeas eran tan seguidas que él mismo estaba casado con la princesa Inguírda de Suecia, y sus tres hijas se casaron: Isabel, con Harold III de Noruega, Ana, con Enrique I de Francia, y Anastasia, con Andrés I de Hungría. Su nieto, Vladimiro Monomajo, se casó con Guilda, hija del rey Harold de Inglaterra. El grado de cultura general de la corte kieviana era ya bastante elevado para que el hijo de Yaroslao el Sabio, Sérvolodo, aprendiera, en casa paterna, cinco idiomas. Para renovar las relaciones dinásticas con las cortes extranjeras, después del ocaso de la Rusia kieviana y la invasión tártara, habrá que esperar a Pedro el Grande y al período petersburgués de la historia rusa.

Yaroslao el Sabio recibió este apodo por haber sido el primer codificador ruso. Su Código lleva el lindo y expresivo título de La Verdad Rusa. Contiene cien artículos que reflejan la constitución social y las leyes que regían la vida en la antigua Rusia. Hay dos

particularidades que llaman poderosamente la atención en esta recopilación de leyes: este Código, de principios del siglo XI, desconoce por completo la pena de muerte. La antigua ley del Talión fué substituída, en el caso de un homicidio, por una multa que varía según la posición social del muerto. Es que la estructura social ya se ha complicado. En lo alto se encuentra ahora la "druzhina", la compañía guerrera del kniaz, a la cual adhiere la capa superior de antes. La "druzhina" se compone de anciano o boyardos, que forman el consejo del kniaz, y de los llamados hombres que combaten. La masa de la población civil se compone de los ciudadanos —comerciantes y artesanos— y de los campesinos, sea libres, sea dependientes; lo que no quiere decir que estos últimos son siervos. Labran la tierra ajena, pero bajo ciertas condiciones.

Otra particularidad del Código es que no hay en él rastro de derechos individuales sobre la tierra, que pertenece siempre a las comunidades.

De modo que el régimen de la comuna agrícola, bajo el cual la aldea rusa vivía en los tiempos de los zares, corresponde exactamente al concepto legal de la Rusia antigua.

Que la abolición de la pena de muerte fué un acto de conciencia cristiana, lo comprueba el Testamento de Vladimiro Monomajo, nieto de Yaroslao el Sabio. Es un monumento literario de gran interés por su forma y contenido, que le aseguran un puesto de honor en la literatura premongólica rusa. Vladimiro Monomajo, suplica en él a sus hijos no dar nunca muerte a nadie: "ni al justo ni al culpable". Les da instrucciones detalladas sobre la manera de conducirse, tanto en la vida privada como en la vida oficial, en la administración de la justicia, y, en general, en el cumplimiento de sus deberes. Impresionan la piedad y la alta virtud cristiana del autor, que revela el Testamento. Conjura Vladimiro Monomajo a sus hijos a no temer a nadie salvo a Dios, pues si Dios lo quiere, nadie jamás les hará daño; mientras que si Dios lo permite, nadie les salvará.

Los dos documentos, La verdad rusa y el Testamento de Vladimiro Monomajo, separados casi por un siglo de distancia, aclaran el camino que tomó la cultura cristiana en Rusia, y que puede ser caracterizado como aceptación de la doctrina evangélica en su integridad y sencillez inmediata.

En el dominio de la literatura, el siglo XII produjo una obra

que por sus méritos artísticos sobresalientes, puede ser comparada, en la literatura occidental, solamente con su contemporáneo El poema del Mío Cid. Es el Canto de la incursión de Igor. Es muy poco decir que el Canto refleja el espíritu nacional de su época en cuadros magistralmente pintados. Por sus rasgos peculiares es algo como la música rusa, inconfundible; es decir que, mala o buena, no puede atribuirse a ningún otro pueblo. Creación de un guerrero anónimo, el Canto fué escrito en 1185. Para su época, parece un acontecimiento inexplicable y hasta inverosímil. No hay posibilidad de aplicar a esta obra ningún canon literario; carece de rima, de división regular en estrofas, de compás y de tendencias fonéticas y, a pesar de ello, el pensamiento imaginativo del autor, la riqueza de las metáforas, su retórica y lo manifiesto de su esencia artística, la colocan entre las obras poéticas más grandes del universo. Eso en cuanto a la forma; y como idea, el Canto supone una llamada a la unificación de la tierra rusa contra los nómades; es un grito patriótico de alarma lanzado en víspera de la invasión tártara.

Esta obra incomparable era también el canto del cisne de la Rusia kieviana, cuyo ocaso empezó a fines del siglo XII. La vida artística depende, desgraciadamente, y mucho, de la seguridad y de la riqueza pública. Una y otra empezaron a faltar en la Rusia kieviana. Las repúblicas de Génova y Venecia, a consecuencia de las Cruzadas, se hicieron vehículo del tráfico internacional entre la Europa occidental y el Cercano Oriente, quitando a los rusos el lucrativo monopolio que éstos habían conservado durante tanto tiempo. El decaimiento de las relaciones comerciales se reflejó en seguida sobre la vida económica: las grandes ciudades, que vivían del comercio internacional, se empobrecieron, y Rusia empezó a transformarse lentamente en un país agrícola. La vida huía de las ciudades arruinadas, para refugiarse en el campo donde la gente tuvo que buscar su sustento en faenas agrícolas.

Por otra parte, la seguridad, tanto exterior como interna, dejaba mucho que desear. En aquel entonces, la frontera meridional pasaba a dos días de camino de la capital. Las estepas del sur estaban ocupadas por los Polovtsi, pueblo nómade que desalojó de esas llanuras de las hordas asiáticas que pronto invadieron a Rusia bajo presión de las hordas asiáticas que pronto invadieron a Rusia bajo los herederos de Gengis Kan. Fortaleciéndose cada vez más con nuevas afluencias de tribus nómades, los Polovtsi cortaron, por fin,

las dos rutas principales del sur: la del Dnieper que conducía a Constantinopla, y la llamada ruta de sal, por la cual este condimento indispensable llegaba a la Rusia kieviana de Crimea.

A las incursiones continuas de los nómades, que penetraban en las provincias meridionales rusas quemando aldeas y ciudades y llevando presos a sus pobladores, se añadieron las luchas internas entre los kniazes, los cuales, a veces, procedían peor que los enemigos exteriores. Todo eso obligó a las poblaciones meridionales a emigrar hacia el noreste, para buscar seguridad en regiones boscosas y protegidas contra las incursiones nómades por la selva. Les invitaban a instalarse en aquellas nuevas regiones los kniazes que poseían derechos de primer ocupante, sobre extensos territorios que en aquel entonces no pertenecían a nadie. Claro, que la vida se formaba allá de modo muy distinto, al de la antigua Rusia kieviana: no eran ya los pobladores dueños de sus tierra y ciudades, y los kniazes los intrusos, sino que éstos eran dueños y los pobladores sus inquilinos. Este cambio de situaciones respectivas fué lo que asestó el golpe más rudo a las libertades públicas de antaño. El principio monárquico, o mejor dicho autócrata, empezó a triunfar sobre el principio republicano.

En eso, la ola mongólica invadió a Rusia. En 1237, el Kan Baty, nieto de Gengis Kan, y que en la repartición de la herencia de su abuelo recibió como feudo a la Europa todavía no conquistada, realizó su primera campaña de invasión. Los conquistadores tártaros tenían por regla conservar la vida a las poblaciones que se sometían, contentándose con imponerles un tributo; pero arrasaban las ciudades y degollaban a las poblaciones que les resistían. Sin embargo, los rusos, quisieron resistir. Se alzaron en defensa ¿de qué? La idea nacional todavía no era bastante firme y concreta, para que el pueblo pudiera sacrificarse por ella. La desunión era obvia. Y si en la resistencia desesperada que los rusos opusieron a los tártaros, la idea de la patria desempeñó algún papel, era la de la patria chica, local, la de la ciudad o del cantón nativo. Los kniazes, divididos por sus disputas familiares, eran incapaces de unirse; cada uno se batía ferozmente, pero solo y por cuenta propia; y ciudad tras ciudad caían asaltadas por las hordas tártaras, las cuales, además de su enorme superioridad numérica, poseían una táctica y preparación bélica muy desarrolladas. No sería exagerado decir que, en esta primera campaña de Baty, quedaron vivos sólo los rusos que

no se encontraban en el camino del conquistador. Lo que ellos defendían con tanta abnegación era la fe ortodoxa, su patrimonio espiritual, el único lazo, además del idioma, que ahora les unía. En 1240, llegó el turno de Kiev, que fué arrasada. Verdad que ya no era la capital. Ochenta y seis años antes, el título de Gran Kniaz pasó a los kniazes de Suzdal y de Vladimir en el noreste. Felizmente, para Rusia, y a diferencia de los invasores teutones, los tártaros no quisieron quedarse en el país conquistado. Una vez que los rusos reconocieron su dominio y consintieron en pagar el tributo impuesto, los tártaros salieron del país. Es notable el respeto que en el acto de la conquista ellos manifestaron a la religión y al clero, que fué eximido del censo y del tributo. La llamada Horda de Oro tártara se estableció en las estepas del sureste, erigiendo su capital, o mejor dicho su campamento principal, Saray, en la ribera este del Volga, a la altura de Stalingrado actual.

En este momento histórico se sitúan varios hechos que determinaron la posición asumida por Rusia, colocada en el límite entre Europa y Asia, frente a uno y otro continente. Son hechos que por espacio de cinco siglos cortaron a los rusos el camino hacia la comunión cultural con el Occidente. Aprovechando la confusión y el debilitamiento en que se encontraba Rusia, dos Cruzadas — una sueca, en 1240, y otra teutona, en 1242— intentaron apoderarse de las regiones de Nóvgorod y Pskov, bajo el pretexto de convertir a los rusos al cristianismo. Sus promotores, fingiendo ignorar que los rusos eran cristianos, querían latinizarlos. Pero sucedió un milagro: Rusia, herida de muerte, encontró en sí fuerzas suficientes como para aniquilar a las dos expediciones. Fué obra del kniaz Alejandro Nievsky, canonizado más tarde por la Iglesia rusa. Este príncipe determinó la dirección de la política exterior rusa, por varios siglos en adelante, diciendo, de los mongoles: “con éstos podemos esperar”; y de los teutones: “a éstos hay que aniquilarlos en seguida”. En otras palabras, los rusos prefirieron el yugo físico, material, de los mongoles, al yugo espiritual de los suecos y teutones. Desde entonces el Occidente quedó para las generaciones rusas posteriores como una amenaza permanente de latinización, peligro que había que evitar a toda costa. Muy pronto, Polonia tomó para sí el rol de la vanguardia del proselitismo latino en el este, originando así una disputa que en siete siglos de luchas no está liquidada. Y Suecia empezó, en el mismo siglo XIII, la conquista de la comarca

finesa a la cual dió el nombre de Finlandia, y que fué sometida definitivamente por los suecos en 1293. Desde entonces, esta comarca sirvió de plaza de armas para una serie de invasiones y guerras contra Rusia. En este rincón de su frontera Rusia tuvo la paz solamente entre los años 1809 y 1917, es decir, mientras Finlandia formaba parte del Imperio ruso. Y con el yugo tártaro, el pueblo ruso adoptó un método pacífico de lucha: se hizo parte del Imperio mongólico, con la intención de vencerlo por adentro por medio de su cultura cristiana, superior a la de los mongoles, que, en aquel entonces eran paganos. Este proceso de descomposición del temible enemigo, escapó a la atención de muchos historiadores. Sin embargo, hubo una señal patente de que la ofensiva cristiana se hizo efectiva: veinte años después del arrasamiento de Kiev, o sea en el año 1260, en la capital de la Horda de Oro, Saray, fué establecida una diócesis ortodoxa. Desde entonces, el proceso de conversión de los mejores elementos entre los príncipes y la nobleza tártara, siguió sin interrupción. Durante dos siglos se observó un fenómeno curioso: los "murzas", los nobles tártaros, abandonaban a su pueblo que dominaba a los rusos, para pasar a vivir en la Rusia sometida. Fué de este modo como el pueblo ruso demostró cuán fuerte, bien asentada y atrayente era su cultura espiritual.

El triunfo en este dominio tuvo una inesperada repercusión política. Formando parte del Imperio mongólico, Rusia, cuando este se derrumbó, resultó ser la heredera legal de territorios de enorme extensión en Asia. Y por eso la expansión rusa desde los montes Urales y hasta el Pacífico, se realizó en un solo siglo, XVII, sin lucha y sin la menor resistencia. El vencido se tragó al vencedor.

III.

EL PERIODO MOSCOVITA (s. XIV-XVII)

Dominación tártara y sus consecuencias. El espíritu autárquico de la Rusia moscovita. La Idea Moscú-Tercera Roma. La presión occidental y el choque abierto del espíritu moscovita con la tendencia reformadora "occidentalista".

Vimos, pues, a la Rusia kieviana arruinada por la invasión tártara y con su centro estatal emigrado hacia el noroeste. Como tal emigró en realidad sólo el título del Gran kniáz, pero en la conciencia popular ya se formaba la sensación de que éste representaba el poder central alrededor del cual había que unificar a la Rusia feudo-republicana para recuperar la independencia nacional. Dicho emblema del Poder Central, después de haber vagado por las ciudades de Suzdal, Vladimir y Twer, se estableció definitiva y firmemente en Moscú a principios del siglo XIV.

Desde que Rusia estaba sometida al yugo tártaro, la confirmación en la dignidad del Gran Kniáz, dependía de la Horda de Oro. El principado de Moscú, que no era, en aquel entonces, el más importante de los feudos rusos, obtuvo este privilegio, cuando su kniáz Jorge casó, en 1319, con Conchaca, hermana del Kan Usbérk, la cual se convirtió al cristianismo con el nombre de Ágata. Las relaciones de parentesco, valieron luego al hermano y sucesor de Jorge, Iván I Kalitá, la comisión de recaudar el tributo de la federación rusa entera, para entregarlo a la Horda. Fué el principio y la razón de un rápido crecimiento del Estado moscovita. Con esta medida, el país se libertó de los agentes fiscales tártaros, y lo que fué mucho más, de los destacamentos de jinetes mongoles que ayudaban a éstos a recoger las recaudaciones. El prestigio de Moscú creció enormemente, y la simpatía del pueblo hacia los kniazes moscovitas, sus defensores contra las arbitrariedades tártaras, promovió un enorme movimiento centripedo que en dos siglos convirtió la federación feudal en el reino o tsarstvá de Moscú.

Pero el movimiento de unificación de la Tierra rusa alrededor del Gran Ducado de Moscú fué imitado por Lituania. El con-

temporáneo de Iván I Kalitá, el gran duque lituano Guedimín inauguró la misma política, juntando bajo su autoridad a los feudos occidentales rusos, al oeste del Dnieper. Como en aquel entonces Lituania era un país en sus tres cuartas partes ortodoxo y completamente asociado a la cultura rusa, nadie veía inconvenientes en ello. Mas, en 1386, Lituania firmó un pacto de unión con Polonia, la cual la latinizó y absorbió rápidamente. Los feudos rusos occidentales quedaron así en posesión de un Estado, cuya clase dirigente profesaba otra religión y fomentaba otra cultura. He aquí el germen principal de la discordia ruso-polaca.

Mientras tanto, los tártaros se dieron cuenta de haber favorecido un fortalecimiento peligroso del Gran Ducado de Moscú y, en 1380, el kan Mamay quiso reducirlo. Moscú aceptó el desafío y doscientos mil rusos aniquilaron al ejército tártaro de trescientos mil hombres en el llano de Kulikovo, a 90 kilómetros al sur de Tula, el 9 de septiembre de mismo año.

Pero fué una victoria de Pirro. Volvieron del campo de batalla solamente 40.000 hombres. No obstante, los tártaros no se atrevieron nunca más a provocar a los rusos a un combate abierto. En adelante, se limitaron a realizar furtivas incursiones, aprovechando un descuido de los rusos, es decir, siempre de improviso. Para precaverse de estos ataques traicioneros, los kniazes moscovitas continuaron mandando regalos a los kanes durante cien años más, hasta el año 1480, cuando la dependencia de la Horda de Oro fué abolida oficialmente.

Cuento estos detalles para explicar las razones de la divergencia que existe todavía entre los historiadores rusos, sobre las consecuencias del yugo tártaro. Hay quienes le imputan todos los males nacionales, todos los atrasos de la civilización material, comparando, naturalmente, a Rusia con la Europa Occidental; otros no le atribuyen ningún efecto nocivo; lo toman como un factor neutro, ya que los tártaros no se mezclaban en los asuntos interiores y respetaban las costumbres rusas y la religión.

Claro que unos y otros exageran, pero lo más raro es que muy pocos pensaron en que la vida rusa estaba subordinada, no sólo a los efectos del yugo tártaro, sino también a la presión del Occidente. Merced al proselitismo latino, la Rusia moscovita se sentía amenazada continuamente de dos peligros: uno espiritual, del lado del oeste; otro físico, material, del lado del Oriente. Con

aquél no había arreglo posible, pues pretendía expresar la verdad absoluta, mientras que éste, a pesar de ser brutal, se sometía a la influencia espiritual rusa. Como hemos visto, el ortodoxismo penetró hasta en la propia familia del kan. Teniendo en cuenta aquella situación, sería del todo injusto atribuir el mal de la aislación rusa únicamente a los tártaros; pero no por eso podemos negar los efectos nocivos de la invasión mongólica: el terrible golpe dado a la cultura rusa recién nacida; la vuelta a la arbitrariedad, a la violencia, al látigo —entre paréntesis, Knut, es una palabra tártara— a los castigos infamantes, a la crueldad de los métodos de represión y de justicia desconocidos en la Rusia kieviana . . . Y a pesar de ello, me parece que el yugo tártaro fué lo que salvó a la nación y al Estado ruso de la anarquía y de la disgregación. Los tártaros obligaron a los rusos a concentrarse en sí mismos, a unirse más estrechamente, a desarrollar sus dotes espirituales, a completar su unificación racial, a fortalecer su sentido nacional, a ahondar su apego al terruño. Pero la vida bajo la férula mongólica, formó un temperamento tenaz y sutil a la vez, que mezcla la brutalidad con la sencillez y la insensibilidad con la bondad, y agudiza la sensación de la fuerza y de la debilidad en el temperamento ruso.

Pero en el fondo, lo que aisló a la Rusia moscovita de la Europa occidental, no fué la invasión tártara, sino las dos Cruzadas, aniquiladas por Alejandro Nievsky, y la posición asumida por su vecino inmediato, Polonia, que tomó sobre sí el papel de vanguardia del proselitismo latino en el Este europeo.

Aquella aislación de Europa, en la apreciación de los occidentalistas rusos, fué un mal tremendo, razón del atraso de varios siglos. Pero soy nuevamente de otro parecer: la tarea gigantesca realizada por el pueblo ruso, durante el período histórico que separa la invasión tártara de la era de las reformas de Pedro el Grande, y que consistía en desarmar y aniquilar la fuerza viva de la temible Asia, unificar la nación y formar el espíritu ruso, tal como lo conocemos hoy en día, —aquella labor gigantesca necesitaba una concentración intensa del pueblo en sí mismo. El folklore ruso, esta arca potencial de la vocación artística nacional, incomparable por su variedad y riqueza, fué un eco y una fiel expresión de aquel proceso de ensimismamiento.

Claro que éste podía desarrollarse sólo alrededor de la Igle-

sia, cuyo prestigio tuvo que aumentar por los efectos inmediatos de la invasión. La religión es la única panacea contra los males que no tienen solución, y los rusos, durante el primer siglo del dominio tártaro, tenían que llorar amarga y continuamente a sus muertos y prisioneros. Pero a mediados del siglo XV, acontecimientos históricos trascendentales, colocaron al principado de Moscú en la situación de defensor principal del Ortodoxismo, no sólo en tierras rusas, sino en el mundo entero, con lo que dieron una nueva orientación a la cultura rusa: la orientación autárquica.

En 1439, tuvo lugar el concilio de Florencia en el cual los delegados griegos, buscando la ayuda del Occidente contra los turcos, firmaron el pacto de unión entre la Iglesia occidental y la griega. Cuando el arzobispo Isidro, nombrado Metropolitano de toda la Rusia por el patriarca de Constantinopla, llegó a Moscú con la nueva del pacto firmado, el episcopado ruso —que los mismos griegos habían educado durante siglos en la oposición a Roma— le recibió como a un traidor. Isidro tuvo que volver a Italia y, en su lugar fué elegido Metropolitano de toda la Rusia Jonas, obispo de Riazán. Con esta elección el episcopado ruso dió el primer paso hacia la independencia —autocefalia— de la Iglesia rusa.

Otro hecho de gran relieve fué el matrimonio de Iván III con Sofía Paleólogo, sobrina del último emperador de Oriente, realizado en 1472. El padre de Sofía, después de la caída de Constantinopla en poder de los turcos en 1453, logró refugiarse con su familia en Italia, bajo la protección papal. Fué Roma la que provocó aquel matrimonio, esperanzada en la influencia de Sofía para que Iván III reconociera el pacto firmado en Florencia; pero el legado papal, que acompañó a la princesa griega, no logró convencer al episcopado ruso.

Un éxito mucho mayor tuvieron los artistas y artesanos italianos y griegos que vinieron a Moscú con Sofía. Iván III les acogió con suma benevolencia; les confió la construcción de fortalezas, iglesias y palacios, fundición de cañones y aun ciertas misiones diplomáticas en el extranjero. Las murallas del Kremlin son en gran parte obra de arquitectos italianos.

El casamiento con Sofía Paleólogo tuvo gran influencia sobre los modales de la vida palaciega y la mentalidad rusa en general. El reino moscovita adopta el águila bicéfala de los emperadores bizantinos, y la simplicidad de relaciones desaparece an-

te la etiqueta. A partir de este momento Moscú se considera como heredera del antiguo Bizancio, protectora y conservadora del ortodoxismo puro. Adquiere la conciencia de su importancia; inaugura relaciones diplomáticas con varios países occidentales; y empieza a guerrear contra sus vecinos del oeste, con la firme decisión de unir bajo su autoridad las provincias rusas, de las cuales, durante la invasión mongólica, se había apropiado Lituania y que, junto con ésta, pasaron a poder de los polacos.

La rapidez con que se realizó la unificación de Rusia alrededor de Moscú y los éxitos políticos de sus kniazes, dieron al pueblo, además de la conciencia de su unidad, la de su fuerza. Los rusos empezaron a considerarse como un pueblo elegido, como un nuevo "Israel", llamado a desempeñar un papel preeminente entre todos los pueblos ortodoxos, y a substituir a Bizancio, políticamente caído bajo el yugo turco, y espiritualmente traidor al ortodoxismo por la firma de la unión florentina. Aparecieron obras literarias destinadas a comprobar que el primado del mundo cristiano, que pertenecía a la Roma antigua primero, y luego a la Roma nueva, es decir a Bizancio, pertenece ahora a Moscú, la cual pasa a ser la Tercera Roma.

Con el realce del prestigio espiritual de la capital moscovita, la anexión de los feudos independientes al núcleo central de Moscú, toma un ritmo acelerado. En 1478, la ciudad de Nóvgorod, obedeciendo un ultimátum, reconoce a Iván III, como a su soberano. Con esta anexión, el centro estatal se adueña de los enormes territorios que la referida república poseía en el noreste. Para asegurar la lealtad de los novgorodianos. Iván III trasplanta a sus nobles y mercaderes más ricos a las provincias centrales, estableciendo en su lugar en Nóvgorod un cierto número de familias moscovitas. Con el cambio de la clase dirigente, el próspero comercio, que Nóvgorod mantenía con las ciudades hanseáticas, recibe un golpe mortal. El decaimiento de la antigua ciudad se acentúa aún más, con la expulsión de los negociantes alemanes de Nóvgorod. Este gesto, tan perjudicial para los intereses comerciales de la misma Rusia moscovita, fué una de las manifestaciones obvias del espíritu autárquico que se apoderó de la gente moscovita, al paso que una medida de defensa de su integridad religiosa. Eran los tiempos en que, en el Occidente, se preparaba la Reforma, y por la vía de relaciones comerciales, penetró en Nóvgorod la herejía

de los llamados judaizantes, la cual, entre paréntesis, era una de las tentativas protestantes más lógicas de racionalización de la fe cristiana.

Como ustedes ven, no hay posibilidad de comprender ni interpretar debidamente las razones de la barrera que durante tantos siglos separaba al estado moscovita de sus vecinos del Occidente, sin tomar en cuenta el papel de defensora del ortodoxismo que se asignó la Rusia moscovita. Las cruzadas del siglo XIII, sufridas por los rusos, y de las cuales hablé ya antes, fueron seguidas por un esfuerzo de proselitismo latino que todavía no terminó. En cualquier época de la historia rusa moderna encontrarán ustedes sus huellas, así como una acción diplomática de la curia romana, siempre enemistosa hacia Rusia. Es una de las tradiciones más firmes de la diplomacia europea.

La última ciudad libre, Pskov, fué anexada a Moscú en 1510, bajo Basilio III, padre de Iván el Terrible. No existían más feudos, y así se explica que en el acto de subir al trono, en 1547, Iván Vasilievich tomara el título de Zar (César) de todas las Rusias, ya en plural. Su primer gesto de soberano ortodoxo fué exigir de Polonia la devolución incondicional de las tierras rusas anexadas por ésta en el siglo XIV, mediante su unión con Lituania. De esa exigencia nació una serie de guerras que se prolongaron por espacio de cuatro siglos, y cuyos extremos fueron: la ocupación por los polacos de Moscú en 1612, y la repartición de Polonia por los rusos a fines del siglo XVIII. Ahora, que la disputa perdió su agudeza religiosa, la discusión pasó al terreno etnográfico, Moscú continúa afirmando, como hace cuatro siglos, que los pueblos rusos no tienen para qué vivir bajo égida extraña.

Para terminar aquella disputa fratricida y ponerse de acuerdo, el primer ministro polaco voló hace poco a Moscú.

La época de Iván el Terrible dejó una huella profunda en el espíritu popular. Fué una época de grandes acontecimientos, tanto en la política exterior, como en la interior, de acrecimiento territorial importantísimo, de subidas y bajadas del prestigio ruso. Iván Vasilievich fué el primer zar del período moscovita cuyo nombre conservó la memoria popular en su folklore. Para eso hubo varias razones. En primer término, su reinado fué sumamente espectacular; y luego, varios de sus gestos y acciones sobresalientes, coincidieron con los anhelos y el espíritu populares. Su cruel-

dad perseguía fines políticos determinados, a saber: el aniquilamiento de la nobleza feudal. Pero se maridaba de modo extraño con una piedad y arrepentimiento sobre la sinceridad de las cuales el pueblo no abrigaba la menor duda. Por eso el estudio de su reinado aclara los aspectos peculiares del autarquismo espiritual moscovita, así como el proceso del desarrollo de la auténtica cultura rusa.

Nadie sabe cuándo, cómo y por quién fué instruído Iván Vasilievich. Pero sus conocimientos teológicos y capacidades polémicas se revelaron de modo brillante en dos oportunidades: en la discusión que tuvo sobre la materia religiosa con el nuncio, que Roma le mandó para convencerlo de reconocer la autoridad papal en la materia religiosa, y en su correspondencia cambiada con el kniáz Kurbsky, que constituye un monumento literario del siglo XVI, lleno de enseñanza.

El reinado de Iván Vasilievich empezó de acuerdo con las ideas políticas del pueblo: un zar autócrata, pero que apela al consejo de los representantes de su pueblo.

En 1550 fué reunido en Moscú un sobor (dieta) que recibió el apodo de stoglavý (de cien capítulos) por haber sido repartidos en cien capítulos las reglas canónicas y laicas que editó.

En aquel entonces había pasado ya un siglo desde que la Iglesia rusa se hizo autónoma. Los problemas que antes resolvía el Patriarca de Constantinopla, y que no eran siempre puramente eclesiásticos, sino se referían a las relaciones mutuas entre la Iglesia y la administración local o central, aun a las relaciones con los laicos, tenían ahora que ser resueltos por los obispos rusos, carentes de la gran tradición del clero griego. De aquí la necesidad de corregir ciertos errores y establecer normas de conducta para el futuro. La lectura de los cien capítulos de esta dieta, deja la impresión de que fuera de la vida religiosa no hubo ninguna manifestación de la vida espiritual o culta en la Rusia moscovita. Y lo más notable es que, el lector hubiera buscado en vano el menor índice de alguna presión de los poderes seculares o eclesiásticos, para imponer este modo de vivir al pueblo. No hay rastro de una organización inquisitoria, o de defensa de la fe, ni la más mínima indicación de que alguien hubiera insinuado la necesidad de adoptar medidas coercivas.

Eso no quiere decir que dicho sobór no quiso corregir las

gación de servir en la milicia. Mientras más grande era la propiedad de un noble, más grande tenía que ser la partida de milicianos, que éste tenía que juntar, armar y encabezar. Aquella obligación no era cosa de nada, pues todas las primaveras la milicia moscovita salía al campo, a la línea de defensa, al sur del río Oca, para proteger al país contra una eventual incursión de los tártaros de Crimea. Durante más de dos siglos, después de la abolición del yugo mongólico en 1480, Rusia continúa expuesta a las correrías de aquellos restos de la Horda de Oro.

Resumiendo la situación interna de la Rusia moscovita a fines del siglo XVI, podemos decir que ningún moscovita dudaba ya de que Rusia debía su liberación del yugo tártaro y su transformación, de una federación anárquica en un poderoso reino, a la obra unificadora del Gran Ducado de Moscú. Pero el derecho de sentirse un pueblo fuerte y unido, los rusos lo pagaron con su libertad política. Hay que tomarlo muy en consideración, para comprender la base del prestigio del cual gozaron tantos siglos los zares, y que parece estar en contradicción con el espíritu republicano de las ciudades libres que hemos conocido en los principios de la historia rusa. La popularidad de los kniazes moscovitas se afirmaba con la mera consideración de los resultados de su labor política, que estaban a la vista. Además, a las masas rusas les gustaba siempre un poder central fuerte; puede ser que a causa del miedo que les inspiraba su propia inclinación hacia la anarquía, que no radica en la negación teórica del principio de la autoridad, sino en el extremo individualismo de los rusos.

Los moscovitas del siglo XVI no se preocupaban ciertamente, por hacer deducciones concordantes con las consideraciones expuestas, pero el pueblo siente instintivamente las grandes verdades que se refieren a su propio temperamento, sin necesidad de expresarlas.

Los resultados nefastos de las extrañas fantasías de Iván el Terrible se hicieron sentir cuando la dinastía de Rurik se extinguió con la muerte de su hijo, el zar Feodor, en 1598. Con su desaparición empezó el llamado "Tiempo turbio" período de interregno que terminó en 1613, con la elección al trono del primer zar Miguel de la nueva dinastía de los Romanov.

El fin del siglo XVI se señaló por dos acontecimientos que tuvieron una gran influencia sobre la historia interna rusa. El

primero fué la creación del patriarcado de Moscú, que aumentó y mucho, la autoridad del jefe de la Iglesia rusa, poniéndole al par con los patriarcas orientales; y el segundo, las medidas restrictivas que fueron tomadas contra la libertad personal de los campesinos. Los nobles, jefes de las partidas de milicia, para poder cumplir sus obligaciones hacia el Estado, tenían que disponer de la mano de obra que les procuraba la posibilidad de vivir y movilizar a sus milicianos, los que no eran otros que los muchachos elegidos entre los mismos campesinos, que trabajaban sus tierras. Las primeras medidas restrictivas prohibían sólo a los campesinos abandonar las tierras que ellos cultivaban. Esta medida, fué tomada para frenar el formidable movimiento de emigración provocado por la conquista del kanato de Kasán, que abrió perspectivas ilimitadas ante los campesinos de las regiones centrales, donde los agricultores empezaban ya a sentirse estrechos. Las autoridades moscovitas no encontraron estadistas suficientemente preparados para encauzar aquel vasto movimiento de colonización y aprovechar las nuevas tierras en los intereses del Estado. Les pareció más fácil impedir la emigración de campesinos, prohibiéndoles moverse. Por puro malentendido, este primer atentado contra la libertad personal, ha sido el principio del derecho de servidumbre que transformó rápidamente a los agricultores libres en siervos de la gleba. Como fecha histórica podemos considerar que la servidumbre fué decretada en 1591, y que el autor responsable de esta ley nefasta fué Boris Godunóv. El "Tiempo turbio" destacó aún más la importancia militar de la pequeña nobleza, que aseguró la salvación del Estado y la expulsión de los invasores polacos y suecos; y eso, automáticamente, afirmó aún más los derechos de los terratenientes nobles sobre los campesinos que labraban sus tierras.

Es interesante notar que los primeros años del régimen de servidumbre coinciden con la reunión de un Ziemsky Sobór (dieta), al cual la nueva dinastía tuvo que apelar, para pedir consejo y conseguir el apoyo del pueblo a las medidas que había que tomar para restablecer el orden en el interior y salir con decoro de las guerras con los invasores extranjeros. Mas era fácil prever la composición de aquel órgano representativo. La aristocracia feudal, como dije ya, desapareció bajo Iván el Terrible; lo que quedaba como grandes familias y hombres en vista, fué dispersado por

la tormenta del "Tiempo turbio", y en gran parte desacreditado ante la opinión pública, por haber aceptado la candidatura del príncipe polaco Ladislao al trono moscovita. El movimiento de liberación de la patria, que partió del patriarca, encontró eco en la clase media urbana y en la pequeña nobleza que servía en la milicia y estaba armada; de modo que la antigua clase dirigente no tuvo ninguna participación en la expulsión de los invasores ni en la elección de la nueva dinastía. De aquí el papel predominante que desempeñó en la Dieta la pequeña nobleza, cuyos intereses materiales decidieron definitivamente la suerte de los campesinos. Pero aquella injusticia social fomentó el espíritu revoltoso de las masas, que hizo del siglo XVII una época de continuas revueltas populares.

Estas se alimentaban, además, del descontento de los campesinos, que no podían conformarse con su nueva situación de siervos de la gleba, por el choque de la tendencia peculiar moscovita con la occidentalista. Sobre el descontento campesino no hay por qué extenderse; basta decir que el movimiento de revuelta de las clases inferiores se propagó a través de todas las provincias y ciudades rusas, para terminar con la revuelta del famoso atamán cosaco Stienka Rasin, quien puso a sangre y fuego todo el sureste de Rusia. La insurrección duró cuatro años, de 1667 a 1671 y hubiera podido triunfar sobre el gobierno central si Rasin y sus acólitos hubieran tenido el menor don de organización y práctica administrativa. Dicho movimiento popular pereció por la anarquía que él mismo provocó.

Una explicación más detallada requiere el choque de la tendencia moscovita con la occidentalista. Este tuvo dos raíces: una de protesta religiosa, otra ideológica; pero como las dos reclamaban la vuelta, o mejor dicho, la conservación del orden antiguo de cosas, se hicieron aliadas y se fundieron en un solo movimiento de protesta contra las innovaciones. ¿En qué consistían éstas?

En el orden religioso, en la corrección de los errores que se acumularon en los libros litúrgicos y en ciertos detalles de ritual, merced a la ignorancia de los copistas que, según un docto corrector de libros sagrados, "seguían la tinta, sin fijarse en las sutilezas gramaticales". En la época en que la protesta contra la corrección estalló abiertamente, ésta tenía ya una historia larga de un siglo y

medio, pues empezó bajo Iván III; pero todo se limitaba a protestas y discusiones particulares hasta que, en 1654, el Patriarca Nikon, hombre en extremo voluntario y violento, quiso poner fin a las disputas retirando y quemando los libros tachados de errores y substituyéndolos con nuevas ediciones, impresas y correctas. Esta decisión pareció al pueblo moscovita un sacrilegio, una profanación de los libros litúrgicos que durante siglos eran objeto de adoración; máxime que esta medida se acompañaba con la corrección de ciertos detalles de ritual que consistían en la manera de juntar los dedos al persignarse; cantar Aleluya tres veces en vez de dos, o de moverse alrededor del altar en la dirección del sol o a la inversa. Cierto que los detalles del ritual, a los cuales el pueblo se acostumbró durante siglos, merecían una consideración más comprensiva y tolerante, pero como el patriarca rehusó cualquier compromiso con los descontentos, en la Iglesia rusa estalló el cisma de los llamados "viejos creyentes".

Para explicar la tenacidad con que éstos defendían sus opiniones, llegando hasta encerrarse en sus parroquias y quemarse junto con los libros censurados, hay que anotar un detalle: la corrección se hacía, como es natural, de acuerdo con los textos griegos, y las autoridades eclesiásticas de Constantinopla se comprometieron irremediablemente con la firma de la unión florentina.

Mucho más complicado y si se quiere fundado, era el movimiento de protesta contra las innovaciones de tinte occidentalista. El "Tiempo turbio", y las guerras que Moscú tuvo que sostener con las potencias invasoras, Polonia y Suecia, demostraron al gobierno moscovita la debilidad de sus fuerzas armadas. La milicia irregular no podía ya competir con las tropas, adiestradas de acuerdo con las tácticas elaboradas durante la Guerra de Treinta Años y que hizo de Suecia del siglo XVII una de las más grandes potencias militares de Europa. Ya hemos visto que la llegada de Sofía Paleólogo a la capital rusa, en la segunda mitad del siglo XV, dió principio a la formación de un núcleo de ingenieros y artesanos italianos en Moscú. Con el tiempo, la colonia extranjera no hacía más que crecer. Bajo Iván el Terrible tuvo lugar la firma del primer pacto comercial con una potencia extranjera, desde los tiempos de la Rusia kieviana. En 1553 tres buques mercantes ingleses, que buscaban el camino nórdico hacia el Lejano Oriente, fueron obligados, por una tempestad, a entrar en la desembocadura del Dviná del

Norte. Iván el Terrible quiso ver a los mercaderes ingleses, les recibió con mucho cariño; y ellos volvieron a Inglaterra con un pacto que otorgaba al comercio inglés grandes privilegios en Rusia, y una carta personal del zar dirigida a "nuestra hermana, la reina Isabel de Inglaterra". En 1584, en la misma desembocadura del Dviná del Norte fué edificada la ciudad de Arcángel destinada especialmente al intercambio comercial con Inglaterra y que tan grandes servicios prestó en esta guerra. Las ventajas obtenidas por los ingleses atrayeron a Moscú misiones comerciales de otras potencias occidentales. Este movimiento aumentó notablemente la colonia extranjera que formaba ahora todo un barrio especial llamado "el barrio alemán". Alemán se traduce en ruso *niemets*, es decir, mudo, y se aplicaba antes a todos los forasteros que no hablaban el ruso.

El número de artesanos extranjeros crecía cada vez más. La necesidad de formar un ejército regular obligó al gobierno de Moscú a recurrir a la ayuda de militares extranjeros competentes. En una palabra, empezó el movimiento a que Pedro el Grande, en el límite de los siglos XVII y XVIII dió un gigantesco empuje. Claro, que con aumentar el número de los extranjeros que estaban al servicio del Estado, penetraron en Moscú ciertos oficios y artes completamente desconocidos, al paso que el tan odiado idioma latino. Este recibió, inesperadamente, un gran apoyo cuando, en 1648, bajo el zar Alejo Mijailovich, el hetman de Ucrania o de Pequeña Rusia, Jmelnitzky se sublevó contra el dominio polaco y pidió unirse con sus correligionarios rusos. La clase dirigente ucraniana, así como el clero, educados todos en escuelas polacas, conocían necesariamente el latín; lo que no les impidió conservar intacta su fe ortodoxa. Pero la aparición en Moscú de prelados ucranianos, de los cuales muchos recibieron su educación teológica en colegios de jesuitas, suscitó nuevas rivalidades y sospechas. Los defensores de la cultura peculiar rusa no se conformaban con el crecimiento de la influencia occidental, considerándola, con razón, como fin del modo de ser patriarcal ruso. De ese descontento nació un formidable movimiento de protesta que se fundió con la causa de los "antiguos creyentes", y que los primeros Romanov no pudieron dominar. Se necesitó la energía feroz de Pedro el Grande, para obligar a Rusia a cambiar de camino.

Conferencias pronunciadas en el Colegio los días 19 y 26 de julio y 2 de agosto de 1944. Las dos restantes se publicarán en un número próximo.

VIDA DEL COLEGIO

HOMENAJE A "LA PRENSA"

Adhiriendo a los homenajes tributados a "La Prensa", con motivo de cumplirse un nuevo aniversario de su fundación, el secretario del Colegio, Luis Reissig, envió el siguiente mensaje al director del gran diario argentino:

"En nombre del Consejo Directivo del Colegio Libre de Estudios Superiores, tengo el honor de dirigirme al Señor Director para enviar un cordial saludo en ocasión de cumplirse el septuagésimo quinto aniversario de la fundación de "La Prensa". Al mismo tiempo deseo expresarle nuestra indeclinable confianza en la excepcional obra de elevación cultural del pueblo que realiza "La Prensa" y que tanto ha servido para el afianzamiento y desarrollo de nuestra democracia".

DONACION DEL SEÑOR TEODORO BECU

El doctor Teodoro Becú ha donado, con destino a la sección de Educación de nuestra Biblioteca, los siguientes libros de la Editorial Losada:

"Historia de la Pedagogía", Guillermo Dilthey - 2 ej. - 1942 - 215 páginas.

"La Escuela y la Psicología", E. Claparede - 2 ej. 1944 - 222 pgs.

"Psicología para Maestros, Otto Lipmann - 1943 - 252 páginas.

"Didáctica General", A y J. Schmieder - 1942 - 192 páginas.

"El Psicoanálisis y la Educación", Oskar Pfister - 1943 - 196 págs.

"Pedagogía Fundamental", Jonas Cohn - 1944 - 338 páginas.

"Un Programa Desarrollado en Proyectos", M. E. Wells - 1940 - 202 páginas.

"La Escuela Viva", Olga Cossettini - 1942 - 194 páginas.

"Filosofía y Educación", August Messer - 1942 - 222 páginas.

"El Trabajo Individual Según el Plan Dalton", A. J. Lynch - 1941

- 199 páginas.

"La Ciencia de la Educación", John Dewey - 1941 - 110 páginas.

"La Autonomía en la Escuela", J. Piaget y J. Heller - 1941 - 207

páginas.

"La Psicología Individual y la Escuela", Alfred Adler - 1941 - 174 páginas.

"La Educación de la Adolescencia y la Reforma de la Enseñanza Secundaria", Hadow y Spens - 1941 - 239 páginas.

"Las Ciencias del Espíritu y la Escuela", Eduard Spranger - 1942 - 177 páginas.

"Biología Pedagógica", W. L. Eikenberry y R. A. Waldron - 1944 - 213 páginas.

"La Escuela Pública Renovada", F. R. Bovesse - 1943 - 190 págs.

"El Lenguaje y la Vida", Charles Bally - 1941 - 247 páginas.

"El Desarrollo Psicológico del Niño desde el Nacimiento a la Adolescencia", Charlote Bühler - 1940 - 213 páginas.

"El Método del Trabajo por Equipos", María Luisa Navarro - 1940 - 211 páginas.

"La Psicología del Niño en Edad Escolar", A. Millot, M. Debesse, R. Duthil - 1941 - 201 páginas.

"Las Actividades Dirigidas", L. Dumas, E. Flayol y M. A. Carroi - 1942 - 214 páginas.

ANIVERSARIO DEL "REPERTORIO AMERICANO"

El secretario del Colegio envió a don Joaquín García Monge, director del "Repertorio Americano" el siguiente mensaje de felicitación, con motivo de cumplirse un cuarto de siglo de publicación de esos cuadernos:

"Tengo el honor de dirigirme a Vd. en nombre del Consejo Directivo del Colegio Libre de Estudios Superiores para expresarle nuestra viva complacencia por haber cumplido el "Repertorio Americano" su XXV aniversario.

"Los cuadernos de cultura hispánica de su digna dirección, son uno de los más valiosos aportes al conocimiento de esa cultura en nuestro continente, y a la vez trascendental medio en nuestras incipientes relaciones culturales americanas.

"Los hombres de estudio que trabajamos desde hace quince años en el Colegio sabemos lo que decimos: pocas son las fuerzas de todos para vencer el aislamiento cultural en esta América inmensa, pero tenemos la convicción de que nadie está solo cuando se lucha por una buena causa, y que tarde o temprano todos los pueblos del continente estarán muy cerca unos de otros y trabajarán en grandes grupos en vigorosas comunidades de cultura.

"Le transmito también nuestros votos por su ventura personal — parte esencial de la ventura de "Repertorio Americano"— y le envío con estas líneas, un gran abrazo de afecto y adhesión personal".

NOMINA DE LAS CONFERENCIAS Y CURSOS DEL MES DE OCTUBRE

Lorenzo Luzuriaga: Problemas de la educación en la postguerra. El 2 de octubre.

- Raimundo Lida:** Platón: los Diálogos; Aristóteles, su estética. Los días 2, 9, 16 y 23 de octubre. En el primer curso del Bachillerato de los Cien Autores.
- Margarita Argúas:** Curso sobre Derecho Internacional Privado. Todos los lunes y jueves, desde el día 2 hasta el 23.
- Silvio Frondizi:** Desarrollo del pensamiento político moderno. Seminario. Los martes y viernes.
- Leopoldo Hurtado:** Nietzsche y Wagner. El martes 3.
- María Graciela Baliero:** Los Evangelios. Los días 3, 5 y 10. En el segundo curso del Bachillerato de los Cien Autores.
- Juan T. D'Alessio:** Estructura del Atomo. El 4 y el 7.
- Patrick O. Dudgcon:** El teatro de Shakespeare. Todos los miércoles y viernes.
Curso superior de inglés. Todos los viernes.
- Emilio Lenhardtson:** Financiación de viviendas. El 4.
- Jorge Romero Brest:** Seminario sobre el arte del Quattrocento. Todos los jueves.
- Yvette Caillois:** La literatura griega. Todos los viernes. En el primer curso del Bachillerato de los Cien Autores.
- Jorge Thénon:** Curso sobre factores nucleares y configurativos de los estados neuropáticos. Los martes 10, 17, 24 y 31.
- César J. García:** Espectroscopía y energía atómica. Los días 11 y 18.
- Jesús Prados:** El proyecto británico para evitar la desocupación en la postguerra. Los días 17, 20 y 24.
- Paul Bénichou:** La chanson de Roland. Los días 21 y 25. En el Segundo Curso del Bachillerato de los Cien Autores.
- Bernardo Serebrinsky:** El psicodiagnóstico de Rorschach. El 23 y 28.
- Ernesto Galloni:** La estructura del núcleo. El 25 y el 28.
- Roberto Weibel Richard:** François Villon. El 26 y el 31. En el Segundo Curso del Bachillerato de los Cien Autores.
- Vicente Fatone:** San Francisco. El 28. En el Segundo Curso del Bachillerato de los Cien Autores.

INFORMACION GENERAL

LA "ESCOLA LIVRE DE ESTUDOS SUPERIORES" Y LA "CASA DO ESTUDANTE DO BRASIL"

En el curso de este año acaba de ser fundada en Río de Janeiro por la "Casa do Estudante do Brasil", la "Escola Livre de Estudos Superiores". Sus propósitos son: Organizar cursos especializados, destinados a estudiantes universitarios y al público culto, en general. Los cursos, independientes entre sí, tendrán la duración de un trimestre, un semestre o un año. Para el ingreso en la escuela no se exige diploma ni examen de ingreso, como tampoco se exige a los alumnos exámenes o pruebas finales". El director de la escuela es el Sr. Rubens Borba

de Moraes y el secretario el Sr. Francisco de Assis Barbosa. El Consejo de la misma lo constituyen: como presidenta la señora Anna Amelia de Queiroz Carneiro de Mendonça, y los siguientes miembros: Alfonso Arinos de Mello Franco; Arthur Ramos; Austregesilo de Athayde; Carlos de Andrade; Gilberto Freyre; Marcos Carneiro de Mendonça; Octavio Tarquinio de Souza; Rodrigo de Mello Franco de Andrade; Sergio Buarque de Hollanda; Prudente Moraes, nieto.

Los cursos organizados para este año son los siguientes:

LA EXPRESION LITERARIA DEL NUEVO MUNDO

por el profesor Arturo Torres Rioseco

Introducción. La nueva España y su cultura. Sor Juana Inés de la Cruz, la gran poetisa colonial. América busca su voz propia. La pampa y su expresión. Influencias de la cultura francesa. El más gran poeta de América: Rubén Darío. Lectura y comentario de textos. El más gran crítico: José Enrique Rodó. Vanguardia lírica. Lectura y comentario de textos. Formación del género novelístico. Grandes novelistas americanos. Paralelo entre las literaturas de Brasil y de América Hispana. — (17 de Julio a 1º de Setiembre).

EL ESTILO BARROCO

por la profesora Hanna Levy

Parte teórica

1) El barroco considerado como categoría artística general que se manifiesta como el arcaico o el clásico, en todos los estilos y todos los tiempos. (Ejemplo: "barroco" helenístico, "barroco" gótico, "barroco" manuelino, "barroco" barroco, etc.). Rápida discusión de esta tesis.

2) El barroco como estilo histórico. Principalmente en el arte del siglo XVII. Algunas explicaciones del arte barroco:

a) el barroco como decadencia del alto Renacimiento.

b) el barroco como arte de la Contra-Reforma.

c) el barroco como arte del Absolutismo.

El arte barroco como expresión de un mundo esencialmente dualístico, expresión que se realiza de tres modos diferentes:

a) Acentuación del dualismo por la representación del dualismo en sí (Miguel Angel, Carravaggio, Barramini, etc.).

b) Eliminación del dualismo por la espiritualización de la materia (El Greco, Tintoretto, Rembrandt, etc.).

c) Eliminación del dualismo por la materialización del espíritu (Correggio, Rubens, Bernini, etc.).

La solución del dualismo encontrada por Poussin, Lorrain, Ruys-

dael.

Parte histórica

1) El nacimiento del barroco en Italia.

- 2) El barroco flamenco.
 - 3) El barroco en la península ibérica.
 - 4) El siglo XVII en Holanda.
 - 5) El barroco alemán y austriaco.
 - 6) El siglo XVII en Francia.
- (15 de Agosto a 9 de Noviembre).

CURSO DE PINTURA

por el profesor Cándido Portinari

Consta de dos partes, una técnica y otra teórica que se desarrollarán en el curso del año. Su finalidad es la de contribuir a la renovación de las artes plásticas en el Brasil.

La "Casa do Estudante do Brasil" fué fundada en Agosto de 1929. Construye ahora su sede propia en un edificio de trece pisos. En este edificio moderno, destinado a los estudiantes funcionarán: restaurant, salones de fiestas y conferencias, auditorios para cursos de extensión universitaria, biblioteca, residencia, departamentos para profesores visitantes, consultorios médicos y dentales, farmacia, peluquería y demás instalaciones destinadas a los servicios del C.E.B. Esta obra, iniciada en setiembre de 1942, quedará terminada este año. La Biblioteca de la "Casa do Estudante do Brasil", que posee un total de más de 5.350 volúmenes, amplía de año en año los servicios prestados a los estudiantes. En 1942 aumentó en 2.952 obras su existencia. De la necesidad de editar las conferencias realizadas en el Palacio Itamaratí, por iniciativa del Departamento Cultural, surgió la editorial de la "Casa do Estudante"; también funciona en la Avenida Río Branco una librería, nacida de la experiencia de una feria de libros realizada en el mismo local. El Departamento Cultural de la "Casa do Estudante" realiza cursos de extensión universitaria, conferencias, y edita la revista de cultura "Rumo". Los servicios médicos y dentales de la C.E.B. son completamente gratuitos y en cuanto a su Oficina de Empleos, creada en 1938, de los 280 candidatos inscriptos en 1942 fueron colocados 76; esta oficina busca colocación para los estudiantes que necesitan trabajo remunerado. El restaurante ofrece comidas gratuitas a centenares de estudiantes comprobadamente necesitados y también suministra refacciones a precios mínimos. La C.E.B. mantiene en constante aumento el intercambio nacional y extranjero: los estudiantes se van conociendo mejor a través del servicio de correspondencia; se crearán también Bolsas de Estafeta Universitaria.

El teatro de la "Casa do Estudante" fué fundado en 1938 por Pascual Carlos Magno. Actuando de directora la Sra. Italia Fausta estrenó en el Teatro Joao Caetano la tragedia de Shakespeare "Romeo y Julieta", con la colaboración del cuerpo de baile del Teatro Municipal, de orquesta sinfónica y colaboración de los alumnos de las escuelas de

Río. En 1939 dieron "Los románticos" de Rostand y el drama histórico "Leonor de Mendonça" de Gonçalves Dias. En 1940, con la dirección de la escritora María Jacintha, se representó la comedia de Claude André Puget "Los días felices" y el drama histórico "El Jesuíta" de José de Alencar. En 1941 se dió "Altitud 3200" de Luchaire y en 1942 se volvió a Shakespeare, esta vez con "Como gustéis".

Con la creación de la "Escola Livre de Estudos Superiores", la "Casa do Estudante do Brasil" inicia una etapa nueva, que esperamos sea larga y beneficiosa para el conocimiento de la vida brasileña y americana, y desde luego para la difusión de la cultura universal más a tono con la época y con las exigencias de la época. Hace meses que esperábamos que el Brasil organizara una institución como ésta por el enorme servicio que puede prestar a ese país y a los demás del continente. De ello se habló con profesores de Río, San Pablo y Bello Horizonte, educadores y hombres de letras en Enero de 1943, en ocasión del viaje que a esas ciudades hicieron el secretario de la Cátedra de Estudios Brasileños de nuestro Colegio Libre, Dr. Homero B. de Magalhães, y del secretario general del Colegio Sr. Luis Reissig; y eso mismo fué luego considerado con el ilustre escritor José Lins do Rego y el investigador Dr. Walter Osvaldo Cruz cuando éstos vinieron a Buenos Aires, en el mismo año 1943, invitados por el Colegio. En esa oportunidad José Lins do Rego prometió que interesaría a la "Casa do Estudante do Brasil" para que organizara el Colegio Libre en Río de Janeiro, y su promesa ha sido ampliamente cumplida. Así, el Colegio Libre del Brasil, es decir la "Escola Livre de Estudos Superiores" comenzará a funcionar sobre la base firme de la Casa del Estudiante, que cuenta con una organización estable y poderosa.

A nuestros amigos de la Casa del Estudiante —porque amigos son desde que están dedicados a tareas semejantes a las nuestras— les enviamos nuestro más cordial saludo y les pedimos que pongan su obra, siempre, al servicio de la elevación cultural del pueblo brasileño y del desarrollo progresivo de su democracia.

L. R.

LA EDUCACION Y LOS PROBLEMAS DE POSTGUERRA

II. TRABAJADORES SOCIALES PARA LA POSTGUERRA

La educación pública en sus tres órdenes: primario, secundario y universitario, se verá enfrentada a terribles problemas al término de la presente guerra.

La preparación de la juventud de los países participantes en el conflicto bélico, determinó la rápida transformación de los colegios y universidades en campos de entrenamiento y en escuelas de aprendizaje técnico para satisfacer las complejas y crecientes demandas de la guerra superlativamente mecanizada.

Los laboratorios de investigación aceleraron el ritmo de su traba-

jo para servir al dios de la destrucción o para facilitar la recuperación de los enfermos y lisiados. Junto a los nuevos explosivos, estamos viendo surgir, fantasmagóricamente, toda una serie de drogas portentosas, capaces de colmar los sueños del más aventurado de los biólogos y alquimistas de antaño. La cirugía estética y los materiales plásticos, recientemente descubiertos, anticipan prodigios en la tarea de disimular el brazo o la mandíbula barridos por la metralla dilacerante. Nuevas técnicas psiquiátricas anuncian la posibilidad de reintegrar en breve plazo a la vida normal, a quienes perdieron su control en la víspera del combate o se encontraron alterados después de una jornada infernal entre obuses, robots y lanzallamas.

Los comités de educación y asistencia social y las universidades inglesas y estadounidenses que tratan estos problemas se han abocado no sólo al estudio de las cuestiones inmediatas que plantean, sino que en un plan de amplia previsión se han puesto a discutir las condiciones que se presentarán a la sociedad y a la escuela en la postguerra, vista como más o menos cercana.

La readaptación y rehabilitación de los soldados para la vida civil; la reintegración de los civiles ocupados en el frente doméstico en industrias bélicas a sus rutinas de siempre; la preparación de la juventud para tiempos de paz y para nuevas condiciones sociales, son otras tantas cuestiones que ocasionan no pocos desvelos a los estadistas y educadores actuales.

En las asambleas que hasta el presente se han venido celebrando, con justo criterio, a mi parecer, se ha acentuado la necesidad de preparar gente idónea en Asistencia Social. "Social Work", según la expresión inglesa, más ajustada a la realidad, ya que los problemas que esta nueva disciplina enfoca no sólo son de asistencia, sino de control y reajuste, de conocimiento y capacitación y sólo en último término de ayuda material o espiritual.

Los maestros y profesores dedicados a las tareas inmediatas de la escuela, verán llenado todo su tiempo en la urgencia de estudiar las nuevas condiciones vitales y de preparar los elementos educativos adaptados a ellas. Tendrán que vivir en una medida mayor que hasta el presente, pura y exclusivamente para la escuela o la universidad.

Al lado del maestro, el trabajador social (social worker) está llamado a cumplir una faena sustantiva en la realidad de postguerra, como agente de enlace entre la escuela y la sociedad. Su tarea será fundamentalmente de orientación, pues, habrá que guiar a los hombres para que ocupen su lugar propio en un mundo de paz. Implica en primer término el preparar las condiciones para que los soldados puedan lograr de nuevo el disfrute de la vida doméstica y de la vida civil. Vale decir deberán cumplir un trabajo de reorientación personal y social.

Cuando la desmovilización sobrevenga, los "veteranos" de esta guerra, tendrán que acomodarse a inusitadas condiciones de vida. No

les será fácil adecuarse a las mismas. Habrá muchos desarraigados. Compete al trabajador social el tener conceptos claros de las causas del desajuste y el indicar los medios para que la familia y la escuela, la fábrica, la granja o la oficina anulen todas las circunstancias que favorezcan el desajuste y absorban, por decirlo así, al desadaptado.

Orientación social y espiritual, orientación vocacional para que los individuos sepan elegir entre el cúmulo de posibilidades de trabajo las más adecuadas a sus temperamentos y caracteres. Orientación económica y médico-sanitaria, junto a Sociología, Psicología Aplicada, Economía, Legislación del Trabajo y disciplinas técnico-instrumentales, son otros tantos items que traen los programas para las escuelas universitarias de "Social Work". Puesto que si realmente se quiere tener un servicio eficaz de trabajadores sociales en la postguerra, lo primero a realizar, es formarlos ahora, de manera que, nada ajeno al hombre actual, al hombre que soporta la mayor crisis por él conocida, les sea extraño.

Raúl Alberto Piérola

LOS COLABORADORES DE ESTE NUMERO

LUIS FERNAN CISNEROS

Nació en París, el 22 de noviembre de 1883, en época en que su padre desempeñaba el cargo de Cónsul General del Perú en el Havre. Tres años después llegó a Lima; realizó sus estudios en el Colegio de Labarthe y tuvo que truncar su vida en San Marcos debido a la enfermedad de su padre, el poeta Luis Benjamín Cisneros.

Comienza su vida periodística en 1899, en "El Tiempo". Ingresa luego en "La Prensa" de la que llegará a ser director y funda "Don Lunes", un semanario ilustrado de gran popularidad. Expatriado por el presidente Leguía llega Cisneros a Buenos Aires donde ejerce, durante once años la cátedra y el periodismo. En 1933 lo sorprende la diplomacia con el cargo de Ministro del Perú en el Uruguay. Actualmente es Embajador de su patria en México.

Es miembro titular de la Academia de Letras del Perú, correspondiente de la Real Española. Es autor de un único libro de versos publicado en Buenos Aires por primera vez en 1923 y reeditado varias veces. Su obra literaria se encuentra dispersa en folletos y artículos periodísticos, los más de ellos en "La Nación", de la que fué redactor. Tiene en la actualidad varios libros en preparación, entre los que vale destacar una biografía lírica de Lima, y otro de las grandes figuras peruanas que conoció en su vida.

PABLO SOHOSTAKOVSKY

Véase "Cursos y Conferencias", año XII, volumen XXIII, N° 134-135, mayo y junio de 1943.

Colegio Libre de Estudios Superiores

RECURSOS Y GASTOS AL 30 DE SETIEMBRE DE 1944

R E C U R S O S

Banco Popular Argentino, Cta. Cte.	\$	2.932.23	
Deudores Varios	,,	1.325.05	\$ 4.257.28

G A S T O S

Revista	\$	940.—	
Boletines	,,	70.—	
Propaganda General	,,	88.—	
Alquiler	,,	437.—	
Gastos Cursos	,,	154.50	
Sueldos	,,	575.—	
Comisión cobranza y viático fijo ..	,,	161.50	
Valores en Custodia	,,	26.60	
Varios	,,	35.—	
Fondo Pro Edificio Propio	,,	1.000.—	\$ 3.487.60
.Superávit		\$	769.68

ESTADO DE LA CUENTA BECAS AL 30 DE SETIEMBRE DE 1944

Estudios Económicos	\$	15.620.—	
Estudios Literarios	,,	2.000.—	
Bachillerato de los Cien Autores	,,	1.410.50	\$ 19.030.50
Títulos en Custodia (Céd. Hipotec.)	\$	16.500.—	
Banco Popular Arg.-Depto. en efect.	,,	2.530.50	\$ 19.030.50

JOSE T. LUENGO

Contador

JOSE A. GILLI

Tesorero

RECURSOS Y GASTOS AL 31 DE OCTUBRE DE 1944

R E C U R S O S

Banco Popular Argentino, Cta. Cte.	\$	3.238.23	
Deudores Varios	,,	1.375.05	\$ 4.613.28

G A S T O S

Revista	\$	860.—	
Boletines	,,	55.—	
Alquiler	,,	437.—	
Gastos Cursos	,,	148.50	
Sueldos	,,	515.—	
Comisión cobranza y viático fijo ...	,,	133.10	
Valores en Custodia	,,	24.80	
Varios	,,	34.—	
Fondo Pro Edificio Propio	,,	1.000.—	\$ 3.207.40
Superávit			\$ 1.405.88

ESTADO DE LA CUENTA BECAS AL 31 DE OCTUBRE DE 1944

Estudios Económicos	\$	15.620.—	
Estudios Literarios	,,	2.000.—	
Bachillerato de los Cien Autores	,,	1.514.—	\$ 19.134.—
Títulos en Custodia-Céd. Hipotecar.	\$	16.500.—	
Banco Popular Arg. - Dpto. en efect.	,,	2.634.—	\$ 19.134.—

JOSE T. LUENGO
Contador

JOSE A. GILLI
Tesorero